# ¿Un nuevo silencio feminista?

La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura









Marcela Ríos Tobar Lorena Godoy Catalán Elizabeth Guerrero Caviedes

Centro de Estudios de la Mujer / Editorial Cuarto Propio

#### Marcela Ríos Tobar

Socióloga, Master en Ciencias Sociales FLACSO- México; hoy cursa su PhD. en Ciencias Políticas en la Universidad de Wisconsin, EE.UU. Desde 1994 se desempeña como investigadora en el programa de Género y ciudadanía del Centro de Estudios de la Mujer. Ha conducido estudios y publicado diversos trabajos sobre participación política, el movimiento de mujeres en Chile y América Latina, políticas públicas de género y feminismo. Es militante feminista.

# 02618 A NACIONAL

IDU-

### Lorena Godoy Catalán

Licenciada en Historia, se desempeña como investigadora del Centro de Estudios de la Mujer desde 1998 en los programas Género y ciudadanía y Género, trabajo y empleo. Ha desarrollado estudios históricos sobre trabajo femenino y realizado consultorías para organismos internacionales, sobre políticas para la superación de la pobreza desde el enfoque de género. Participa en un colectivo feminista desde 1999.

### **Elizabeth Guerrero Caviedes**

Asistente Social, Magister © en Gobierno y Gerencia Pública. Ha desarrollado diversos estudios y consultorías sobre género y políticas públicas, así como sobre ciudadanía y participación social desde un enfoque de género. Se ha desempeñado profesionalmente en distintos organismos no gubernamentales y forma parte activa del movimiento feminista.

11A-(157A-5)



### SERIE ENSAYO

¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura OXISIA street

# ¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura

Marcela Ríos Tobar Lorena Godoy Catalán Elizabeth Guerrero Caviedes ¿Un nuevo silencio feminista? La transformación de un movimiento social en el Chile posdictadura

© Marcela Ríos Tobar / Lorena Godoy Catalán / Elizabeth Guerrero Caviedes

Inscripción Nº 138.533 I.S.B.N. 956.260.311-3

Editorial Cuarto Propio Keller 1175, Providencia, Santiago Teléfono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622 E-mail: cuartopropio@cuartopropio.cl

© Centro de Estudios de la Mujer Purísima 353, Recoleta, Santiago Teléfonos (56-2) 735 71 23 / 777 11 94 / Fax: (56-2) 735 12 30 E-mail: cem@cem.cl

> Producción general y diseño: Rosana Espino Composición: Producciones E.M.T. S.A. Impresión: Salesianos S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE 1ª edición, diciembre del 2003

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile y en el exterior sin autorización previa de la Editorial y del Centro de Estud

### ÍNDICE

Pre	sentación	15
	Introducción	21
1.	Transición, postransición y movimientos sociales.	
	Expectativas, consensos e interrogantes	23
2.	Algunas consideraciones teóricas	25
	2.1.Transformación de la estructura de oportunidades	29
3.	Las preguntas planteadas por esta investigación	32
4.	Enfoque metodológico y trabajo de campo	36
Car	pítulo I	
	construyendo la historia reciente:	
	vectoria del campo feminista en los años noventa	39
1.	El período fundacional:	
•	resurgimiento del feminismo chileno en los años	
	setenta y ochenta	42
	1.1. Organizaciones feministas de la segunda ola	45
	1.2. El feminismo de los ochenta y su identidad opositora	52
2.	El feminismo en los noventa:	
	;desmovilización o transformación?	60
	2.1. La búsqueda de la unidad, 1990 – 1993	61
	2.2. La agudización de las diferencias, 1994 – 1996	80
	2.3. ¿El nuevo silencio feminista? 1997 – 2002	97
3.	Conclusiones	105
Cap	oítulo II	
Del	ineando el campo de acción:	
	acterización y trayectorias de las	
org	anizaciones feministas	111
1.	Crecimiento y declive organizacional	115
	1.1. Estructuras organizativas de la ciudad de Santiago	118
	1.2. Estructuras organizativas de la ciudad de Valparaíso	120
	1.3. Es s de la ciudad de Concepción	121

2.	Características de las estructuras organizativas	122
	2.1. Los colectivos feministas en los noventa:	
	la expresión de la diversidad	122
	2.2. Coordinadoras feministas y su intento de visibilidad	
	pública	130
	2.3. ONG: de la concientización a la construcción	
	de agendas	135
	2.4. Las redes como expresión máxima de articulación	145
	2.5. Programas de Estudios de Género en las	
	universidades: el ingreso a la academia	154
	2.6. Medios de comunicación: la voz feminista	165
3.	Conclusiones	173
٠.		
Ca	pítulo III	
	uiénes son las feministas en los noventa?	
	racterización y trayectorias individuales	179
		102
1.	Caracterizando a las feministas chilenas de los noventa	182
	1.1. La homogeneidad generacional: el predominio de	102
	generaciones mayores	183
	1.2. Preponderancia de mujeres de clases medias	184
	1.3. Altos niveles de escolaridad	187
	1.4. Trabajadoras remuneradas: el Estado y	10.0202
	las ONG como principales ámbitos laborales	189
	1.5. Exilio y residencia en el extranjero	193
2.		
	organizativas de las feministas	197
	2.1. Trayectorias en los diversos ámbitos de participación	
	política	199
	2.2. La participación como experiencia múltiple	212
3	Trayectorias organizativas y vida personal:	
	biografías individuales	215
	3.1. Doble militancia	216
	3.2. Militancias consecutivas	222
	3.3. Militancia exclusiva feminista	226
4.	Conclusiones	230

	ces feministas: narrativas sobre transición y movimiento	237	
1.	Narrativa sobre la transición y la democracia		
	en las voces feministas	241	
	1.1. Continuidades y discursos compartidos sobre		
	democracia y transición	242	
	1.2. La transición y sus efectos en el movimiento	257	
2.	El estado del movimiento en las voces feministas	261	
	2.1. 'Institucionalización' y cambio en el rol del Estado 2.2. Más allá del debate sobre institucionalización:	261	
	avances y dificultades del movimiento en las narrativas		
	feministas	275	
-	2.3. Los desafíos que enfrenta el feminismo	290	
3.	Conclusiones	295	
Caj	oítulo V		
Co	nclusiones		
Nu	estra historia reciente: continuidades,		
trai	nsformaciones, perspectivas futuras	303	
1.	Un movimiento social que se transforma	306	
	1.1. ¿De qué movimiento hablamos?	306	
	1.2. Trayectoria del feminismo en los años noventa	308	
	1.3. Estructuras organizativas	311	
	1.4. Dimensión individual	323	
	1.5. Marcos de sentido	326	
2.	El sentido de las transformaciones	336	
	2.1. La interpretación de las protagonistas	336	
	2.2. Hacia una interpretación de las transformaciones	344	
Bibliografía		359	
Ane	exo		
Org	ganizaciones feministas en Santiago,		
Val	Valparaíso y Concepción		

gantes sobre quiénes son las feministas hoy, cuáles son sus principales características sociales, generacionales y laborales, así como entender sus trayectorias políticas más allá del accionar feminista. El cuarto y último capítulo está dedicado a la dimensión discursiva y simbólica que acompaña, informa y en ocasiones explica, algunos de los procesos colectivos descritos en los capítulos anteriores. Se presentan los relatos colectivos de las entrevistadas, respecto de los cambios políticos experimentados en el país en las últimas décadas, el sentido de la democracia y la transición; y sus efectos en el movimiento feminista. Finalmente, se entregan las conclusiones emanadas de este proceso, con las que se espera dar respuesta a las distintas preguntas planteadas.

### Reconstruyendo la historia reciente: trayectoria del campo feminista en los años noventa



Gentileza: Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH)



Se trata de rescatar la historia en todas sus complejidades, de asumir que somos un movimiento social constituido a través de distintas vertientes y corrientes de pensamiento, que por lo menos a lo largo de un siglo, ha sabido de avances y retrocesos, logros y fracasos.

Edda Gaviola, 1993

Parte importante de la transformación del accionar feminista en la década de los noventa, ha estado acompañada –y marcada– por un decaimiento del interés por estudiar y escribir sobre lo que ocurre con el propio movimiento. Hacia finales de la década, tanto la introspección crítica como la reflexión académica respecto de lo que ha sucedido con el accionar feminista, ha tendido a desaparecer como un tema de debate y estudio en el contexto chileno. De ahí que una parte significativa de la historia de lo que ha ocurrido con las organizaciones, activismo y propuestas feministas, durante y después de la transición a la democracia, haya permanecido en la memoria colectiva de las involucradas y aparezca solo marginalmente en las narrativas historiográficas y en la producción de las ciencias sociales más en general.

Uno de los objetivos de esta investigación –y de este capítulo en particular– es rescatar parte de esa historia. Buscamos contribuir a la reconstrucción y traducción de una memoria oral –muchas veces individual– en un relato escrito que esperamos tenga un carácter más colectivo. El presente trabajo se propone además esclarecer algunos aspectos y sucesos que han estado especialmente ausentes de la producción intelectual sobre el tema. Estos relatos, a nuestro entender, han destacado solo una dimensión del quehacer feminista por sobre

El último trabajo, en Chile, que se propone investigar específicamente sobre el movimiento feminista, fue el realizado por Edda Gaviola, Eliana Largo y Sandra Palestro y publicado en 1994. Sobre una discusión más general respecto de las dificultades y problemas en la producción de conocimiento crítico en el contexto chileno, ver capítulo introductorio en Menéndez-Carrión y Joignant, editores (1999).

otras igualmente relevantes para comprender los procesos y tendencias que ha seguido el movimiento en los últimos decenios. Esa dimensión se refiere a la relación del feminismo (y de las feministas) con el sistema político institucional, especialmente con el Estado y el proceso de construcción de agendas públicas.

Queremos presentar lo que ha sido la trayectoria y desarrollo del campo de acción feminista propiamente tal: los principales hitos políticos, el desarrollo de las organizaciones, las tendencias, conflictos y procesos que lo han constituido en los años noventa, y que permiten entender su estado actual. Adicionalmente, y puesto que la reconstrucción de esta historia reciente implica inevitablemente, una mirada a los procesos y factores que le dan origen al feminismo chileno contemporáneo, hemos considerado otros aspectos que se remontan a los años finales de la década de los setenta.

# 1. El período fundacional: resurgimiento del feminismo chileno en los años setenta y ochenta

Después de una prolongada ausencia de las voces y del accionar feminista en los debates y procesos políticos del país, a fines de la década de los setenta y después de la imposición de una dictadura militar y el quiebre del sistema democrático, emerge nuevamente un actor feminista. Paradojalmente, es en medio de una de las etapas más represivas en la historia de Chile cuando comienzan a coordinar-se pequeños grupos de mujeres, que desde su condición de género, reflexionan sobre el contexto de autoritarismo militar y acerca de su situación en la sociedad chilena en su conjunto.

Los factores que contribuyen a la reemergencia de un pensamiento y accionar feminista en este período son múltiples y variados, por la manera en que se transforma la estructura de oportunidades políticas para el accionar desde la sociedad civil producto de la dictadura. Uno de los ejes principales de esta transformación es el debilitamiento de los actores políticos tradicionales (fundamentalmente los partidos políticos) debido a la represión desatada por el régimen militar y al

quiebre de la institucionalidad democrática. Así, en un contexto donde se desmantelan las formas tradicionales de representación de intereses y demandas desde la sociedad civil hacia el Estado, queda abierta la posibilidad para que emerjan nuevos actores y formas de organización orientadas a suplir ese vacío. Por otra parte, el golpe militar contribuye a agudizar los conflictos entre los partidos que conformaban la alianza del gobierno popular. Este quiebre acentúa los problemas que enfrentan los partidos debilitando aún más su capacidad de respuesta frente a los vertiginosos cambios impulsados por la dictadura.

Un segundo elemento que contribuye a generar condiciones para la organización política de las mujeres en este período, lo constituyen las políticas y procesos impulsados directamente por la instalación del régimen militar: violación masiva de los derechos humanos y profunda crisis económica desatada por las políticas de estabilización macroeconómica. Considerando la ausencia de los partidos y otras entidades políticas y sociales capaces de enfrentar estos efectos, las mujeres comienzan a organizarse para suplir estas ausencias (Valdés y Weinstein 1993; Chuchryck 1984). Son las mujeres las primeras en salir a la calle a demandar el respeto a los derechos humanos y pedir información sobre el paradero de sus familiares víctimas de la represión. Son las mujeres quienes comienzan a generar espacios colectivos para enfrentar los problemas de subsistencia económica, especialmente entre los sectores populares (Delsing et al. 1983; Valdés 1988; Razeto et al. 1990). Esta organización se ve, además, fuertemente facilitada por el apoyo de actores externos tales como la Iglesia católica y organismos internacionales de cooperación (a menudo a través de las ONG).

Por último, el discurso de la dictadura buscando exaltar valores tradicionales a la vez que deslegitimar las formas y actores políticos tradicionales, tiene el efecto inesperado de abrir espacios para la irrupción de las mujeres en el ámbito público. El régimen, al mismo tiempo que exaltaba las diferencias de género y promovía una visión restringida de la maternidad y de las mujeres como defensoras de la

nación, <sup>2</sup> excluía y reprimía aquellas formas tradicionales de hacer política históricamente desarrolladas por los hombres. Esta doble estrategia y discurso demonizaba a los partidos, a las elites políticas y a las instituciones políticas democráticas, incentivando —quizá inadvertidamente— un accionar político desvinculado de los partidos y en donde la identidad materna era legitimada por sobre otras formas de intervención en lo público.

Es en este contexto de extrema polarización ideológica, represión y rápida transformación, donde surgen los primeros grupos de mujeres que se identifican con el pensamiento y la identidad feminista. La mayoría de estas mujeres venía de una militancia activa o de una cercanía personal y política con la izquierda y, por tanto, con el proyecto que había sido derrotado con la instalación del régimen militar. Muchas habían tenido que refugiarse fuera del país, en los primeros años de la dictadura, y recién retornaban luego de transitar por países donde habían tenido la oportunidad de conocer e interactuar con un movimiento feminista que se consolidaba en diversas regiones del mundo desarrollado de la época.

Con el quiebre de la esfera pública y la política tradicional, estas mujeres debieron confrontar y cuestionar su propia participación en esos ámbitos y en el proyecto social y político que había llegado a su fin en 1973. De esa forma, las feministas chilenas de finales de los setenta, buscaban entender y reaccionar tanto frente al autoritarismo impuesto por la dictadura, como al fracaso del proyecto político de izquierda y su incapacidad para incorporar a las mujeres en su utopía revolucionaria.

Así, la segunda ola de feminismo chileno nace con una marcada vocación opositora. Es un feminismo que se plantea en oposición al

Ver Munizaga y Letelier (1988).

Sobre los contenidos del pensamiento feminista de la época consultar: Kirkwood (1986), Crispi (1987), Muñoz (1986).

Hablamos de segunda ola, tomando la definición utilizada por diversas autoras para referirnos al período de resurgimiento del movimiento feminista en

autoritarismo militar, pero también a las formas tradicionales de hacer política, al estatismo de los actores políticos y al reduccionismo economicista que sesgaba los discursos de izquierda y que relegaba las aspiraciones de igualdad de género a un lugar secundario en la lucha por transformar la sociedad. (Chuchryck 1984, 1991; Kirkwood 1986).

Derrocar a la dictadura fue el objetivo que unió a distintos sectores de la sociedad chilena en este período, generándose un fuerte proceso de organización social, con una masiva participación y protagonismo de mujeres. Las diversas vertientes de organizaciones de mujeres que aparecen en ese período (feministas, derechos humanos, subsistencia económica y otras de carácter comunitario y de base) convergen en torno al objetivo común de resistencia frente al régimen militar y lucha por reconquistar la democracia. Estos grupos dan origen a lo que fue interpretado como el 'movimiento de mujeres' (Valdés y Weinstein 1993; Valenzuela 1993b; Chuchryck 1991). Este movimiento formaría a su vez parte de un campo político más amplio: el movimiento opositor, donde participan otros movimientos sociales y actores, muchos de los cuales también surgen en ese período (estudiantes, jóvenes, pobladores, activistas por los derechos humanos, grupos culturales, entre otros).

### 1.1. Organizaciones feministas de la segunda ola

A fines de los años setenta, tres grupos de mujeres conforman el Círculo de Estudios de la Mujer: Hojas, ASUMA (Asociación para la Unidad de las Mujeres) y otro grupo integrado principalmente por profesionales de las ciencias sociales. Se constituye así, la primera organización explícitamente feminista de este momento. Nace en el año 1979, al alero de la Academia de Humanismo Cristiano, institución surgida originalmente como una iniciativa de la Iglesia católica

América Latina a partir de los años setenta, luego de la emergencia de una primera ola en los años treinta, marcada por las luchas de las sufragistas (Lamas 1994; Sternbach et al. 1994).

para ofrecer un espacio de reflexión, discusión, investigación y expresión política a los intelectuales y académicos desplazados por la dictadura de las universidades chilenas (Chuchryck 1984, 1991; Valenzuela 1993b).

El objetivo principal del Círculo era "luchar por la emancipación de la mujer [lo que] se traduce en la lucha en contra de todas las formas de opresión y discriminación de la mujer" (Círculo de Estudios de la Mujer, s/f). En torno a este objetivo general, el Círculo desarrollaba diversos tipos de actividades tales como investigación, docencia, teatro, talleres de toma de conciencia, difusión y debates. Estas actividades se agrupaban en dos grandes categorías: generación de conocimientos sobre la situación de las mujeres y generación de conciencia en las mujeres sobre su situación de opresión (Círculo de Estudios de la Mujer 1983).

En 1983 asumen nuevas autoridades eclesiásticas en la Academia, quienes consideraron que la postura y propuestas del Círculo no concordaban con los principios de la Iglesia católica, por lo que el grupo es expulsado. Esto coincide con un proceso interno de reflexión y debate en torno a los objetivos y estrategias que el Círculo —en tanto organización feminista— debía tener. Algunas de sus integrantes planteaban la necesidad de generar conocimiento e información sobre las condiciones de vida de las mujeres y las relaciones de género en el país. Otras, se mostraban más interesadas por desarrollar un trabajo de base, orientado a crear una conciencia de género en mujeres de diversos sectores sociales. Existían, además, opiniones encontradas, entre quienes pensaban el Círculo como un proyecto más movimientista y quienes consideraban que debía ser un proyecto con un carácter más institucional. En una reunión de reflexión interna, algunos de los comentarios mostraban esta tensión:

Círculo es una institución, no es movimiento. En un movimiento cada persona es una. En una institución las personas que la gestaron y trabajaron durante tres años y medio no pueden tener un voto igual que una persona recién incorporada...

tipos de miembras, objetivos y posiciones definidas... Si Círculo quiere hacer política, actuar, debe tener una posición. Si Círculo quiere ser instituto de investigación, que defina sus reglas del juego... Si tenemos posiciones distintas tenemos la responsabilidad de definirlas, trabajarlas y actuar en consecuencia. Si el Círculo permite el desarrollo de todas, debe dar recursos para poder implementarlo.<sup>5</sup>

Así, a partir de la confluencia de las presiones externas y los procesos internos, las integrantes del Círculo deciden crear dos organizaciones paralelas: El Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y la Casa de la Mujer La Morada. Con ello se cumplía el objetivo de continuar, tanto con el trabajo de investigación y generación de conocimientos, como con el trabajo de base y político que estaba al centro de las preocupaciones de las integrantes de la organización. La creación de estas dos instituciones se da en un espíritu de colaboración y diferenciación, asumiendo cada una un rol distinto, pero manteniendo una estrecha relación.

El Centro de Estudios de la Mujer se constituye entonces como un centro de investigación académica, dedicado principalmente a la generación y difusión de conocimiento sobre la situación de la mujer, así como a la asesoría, capacitación y apoyo a distintos grupos y organizaciones de mujeres. La Casa de la Mujer La Morada, en tanto, se planteó como un espacio abierto para las mujeres y feministas que necesitaran un lugar de encuentro y funcionamiento, realizando diversas acciones de trabajo directo y de concientización de las mujeres.

Mientras las primeras organizaciones feministas iniciaban este proceso de descubrimiento y desarrollo institucional, la sociedad chilena entraba en una etapa de intensa actividad política. Es en este

Cuando se crearon estas instituciones, los recursos con que contaba el Círculo por concepto de proyectos de investigación fueron divididos entre ambas.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> "Algunas Reflexiones", Círculo de Estudios de la Mujer, marzo 1983. Mimeo, archivo personal Rosalba Todaro (transcripción de reuniones).

momento (1983) cuando se realizan las primeras jornadas de "protesta nacional" (convocadas inicialmente por la Coordinadora Nacional Sindical (CNS) y la Confederación de Trabajadores del Cobre) que a su vez sirven como impulso para la convergencia de diversos sectores sociales y políticos en torno al objetivo común de derrocar al régimen militar y reconquistar la democracia. En este contexto, las mujeres organizadas —y las feministas en particular— se convierten en partícipes activas del movimiento opositor.

Buscando formas de participar en esta movilización política, un grupo de feministas de Santiago crea en 1983 el Movimiento Feminista, organización conformada por algunas afiliadas al Círculo meses antes de que este se disolviera. Esta organización buscaba abrir un canal de participación y un espacio de pertenencia en las jornadas de protesta nacional, desde una identidad explícitamente feminista. El Movimiento tenía como objetivos denunciar y visibilizar la condición de las mujeres, producir cambios en las relaciones de género entre hombres y mujeres, y generar un movimiento social antiautoritario. Es justamente esta instancia la que organiza la primera actividad pública feminista en dictadura: en agosto de 1983, un grupo de más de 60 mujeres extendió un lienzo en las escaleras de la Biblioteca Nacional, con la consigna: "Democracia Ahora. Movimiento Feminista".

El Movimiento comenzó a funcionar al alero de La Morada. Desde el inicio, la relación entre La Morada y el Movimiento Feminista fue estrecha, tanto que en momentos se confundía lo que era la Casa de la Mujer como institución, y el Movimiento Feminista como organización política; pues "ambas cosas estaban creándose en el mismo momento, en el mismo espacio físico y con las mismas mujeres" (Gaviola et al. 1994, p. 131). Con el tiempo y estimuladas por el proceso de estructuración institucional que se inicia en La Morada,

Nos referimos con ello al proceso de consolidación de La Morada como una ONG, a la especialización de tareas y la profesionalización del trabajo, además del cambio desde la autogestión financiera al financiamiento de proyectos por la Cooperación Internacional.

las dos organizaciones se fueron diferenciando. Mientras La Morada se convierte formalmente en una ONG, con estructura y funciones internas claramente definidas, el Movimiento se mantiene como una organización sin estructura, con un funcionamiento dirigido principalmente hacia la acción política y de incidencia en la opinión pública.

En ese período emergen además en la capital, otros dos grupos feministas estrechamente ligados a partidos políticos de izquierda: por una parte, revista *Furia*, publicada por un grupo de militantes socialistas que buscaba incorporar el problema de la subordinación femenina a la agenda socialista; por otra, surge Mujeres por el Socialismo (MMS), constituido en 1984 con el propósito de generar una articulación entre mujeres de sensibilidad socialista y feminista, combinando el análisis del capitalismo y la necesidad de una transformación socioeconómica, con un análisis del patriarcado y la necesidad de autonomía y autodeterminación de las mujeres en los procesos políticos (Crispi 1987). Las integrantes de estos grupos eran a menudo las mismas mujeres, produciéndose así una estrecha relación entre ambos.<sup>8</sup>

Junto a ellas, comienzan a aparecer otros grupos más pequeños que también se definen como feministas. Uno de ellos fue Las Domitilas, constituido en los primeros años de la década de los ochenta, por mujeres pobladoras jóvenes, como un grupo de reflexión y concientización acerca de la situación de las mujeres. También surge el Colectivo de Mujeres de Lo Hermida, grupo de pobladoras que a principios de los ochenta luchaban contra la opresión de clase y de género. También el Colectivo, grupo de jóvenes universitarias con un enfoque cristiano y feminista que se dedicaba a analizar los problemas sociales, políticos y económicos de las mujeres. A su vez, el Colectivo Feminista Lésbico Ayuquelén, formado en 1983, tenía como objetivo ser un espacio de encuentro para mujeres lesbianas y para la sensibilización feminista.

Este es el caso de Julieta Kirkwood, quien participaba en ambos grupos, así como en el Círculo, La Morada y el Movimiento (ver Crispi 1987).

A principios de los ochenta se generan también una serie de articulaciones entre organizaciones y grupos de mujeres. Algunas vinculadas a partidos y sectores políticos como el Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM), relacionado con el MIR y con representación en distintas regiones del país; y el MUDECHI (Mujeres de Chile), formado por mujeres ligadas al Partido Comunista. Ambas surgen como respuesta a la crisis económica y política que vivía el país, focalizando sus actividades en torno a la sobrevivencia y la lucha contra la dictadura (Chuchryck 1991; Valdés y Weinstein 1993).

En esos años se crea también el Movimiento de Mujeres Populares (MOMUPO), con el propósito de reunir mujeres para reflexionar sobre sus problemas en su doble condición de mujeres y pobladoras. A mediados de la década, ellas definen su movimiento como feminista popular (Valdés y Weinstein 1993; Gaviola et al. 1994).

En el año 1983 nace el MEMCH'83, coordinadora de organizaciones de mujeres que retoma el nombre del movimiento sufragista de los años treinta (Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena), que articula organizaciones feministas y no feministas para luchar en contra de la dictadura. Junto con ello, esta organización se plantea en su declaración de principios "promover una vasta acción conjunta... de denuncia y eliminación de todas las formas de discriminación que se ejercen sobre la mujer" (Gaviola et al. 1994, p. 98). A fines de ese año surge también Mujeres por la Vida, organización conformada en un principio por 16 mujeres, reconocidas figuras del amplio espectro político de oposición, que constituyó el referente femenino de las organizaciones políticas y logró convertirse en el espacio de convocatoria y concertación más importante en la movilización social de mujeres por los derechos humanos en el período (Valenzuela 1993a).

Emergen también en la década, una serie de ONG que buscan avanzar en la superación de las desigualdades entre hombres y mujeres. Entre ellas se cuentan el Centro de Estudios de la Mujer (CEM) y la Casa de la Mujer La Morada, ya mencionadas; el Centro de Servicios y Promoción de la Mujer DOMOS, El Telar, la Red de Información y Difusión de la Mujer (RIDEM), el Centro de Estudios y Atención del Niño y la Mujer (CEANIM) y el Instituto de la Mujer; además de una serie de programas al interior de ONG y centros orientados hacia temas de desarrollo social y fortalecimiento de las organizaciones sociales de base.

Las redes temáticas, como instancia de articulación y especialización de las feministas y del movimiento de mujeres, comienzan a aparecer también en este período. A mediados de la década se crea la Red de Salud de las Mujeres de América Latina y el Caribe (RSMLAC) y a fines de la misma el Foro Abierto de Salud y Derechos Sexuales y Reproductivos, constituido por mujeres y organizaciones vinculadas a esta problemática.

Durante el mismo período se registra la creación de por lo menos siete grupos o colectivos feministas en Valparaíso: Ruptura (1981-85), El Espacio de la Mujer (1986-89), Colectivo Camila (1987-89), El Taller de la Mujer (1983-90), Grupo de Mujeres Feministas del MIR (1988-89) y Lilith (1989-90). Todos ellos estaban integrados principalmente por mujeres jóvenes (entre 8 y 10 cada uno), en su mayoría universitarias y vinculadas a partidos de izquierda. Si bien son varios los grupos que se crean en la década, estos están compuestos básicamente por las mismas mujeres. Los objetivos de estos grupos eran despertar la conciencia en las mujeres, reflexionar respecto a

Algunos de ellos son: Centro de Investigación y Desarrollo en Educación (CIDE), Programa Interdisciplinario de Investigaciones en Educación (PIIE); Sur Profesionales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Consejo de Educación de Adultos para América Latina (CEAAL), Centro El Canelo de Nos, Centro Ecuménico Diego de Medellín, Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA), FORMA, Centro de Estudios y Promoción Social (CENPROS), Centro de Estudios Sociales (CESOC), Corporación de Investigaciones Económicas para América Latina (CIEPLAN), Servicio Evangélico para el Desarrollo (SEPADE) (Valdés y Weinstein 1993).

la situación de la mujer, promover la organización, actuar políticamente contra la dictadura y contra la opresión de las mujeres.

A mediados de la década, se crea la Casa de la Mujer de Valparaíso, ONG que se plantea como un espacio para hacer activismo político antidictatorial y que va asumiendo un perfil claramente feminista. También se crea en la V Región una sede de la ONG de Santiago El Telar, que se define como una institución de apoyo y fortalecimiento de las mujeres para su participación en espacios públicos.

A diferencia de lo que ocurría en Santiago y Valparaíso, durante los ochenta se crean muy pocos grupos explícitamente feministas en la ciudad de Concepción. Solo a mediados de la década (1986) surge la Casa de los Colores, un colectivo de reflexión y creación feminista vinculado al ecofeminismo. En 1988 se crea el Instituto de la Mujer, ONG que se autodefine como feminista. Al igual que en Santiago y Valparaíso, en esta región están presentes también el Codem y Mudechi, organizaciones que algunas mujeres definen como feministas.

### 1.2. El feminismo de los ochenta y su identidad opositora

Como ocurría en toda América Latina, el feminismo que emerge en la década de los setenta y ochenta es heredero de una tradición política de izquierda y se constituye como un proyecto ideológico con fuertes raíces socialistas. El feminismo chileno reaparece en la escena política con una propuesta de transformación radical, vinculando política y teóricamente la transformación de las relaciones de género y de las relaciones de clase y, en términos orgánicos, estrechamente ligado a los partidos políticos de izquierda (Ríos 2000).

La lucha de las feministas de este período fue siempre concebida como parte del movimiento opositor al régimen, constituyendo este el punto de encuentro con los otros sectores del movimiento de mujeres. Las feministas chilenas adquirieron una presencia muy importante en la movilización contra el régimen (por ejemplo, las protestas callejeras entre 1983 y 1986), siendo este el momento en el cual

alcanzan su grado más alto de articulación y visibilidad en la esfera pública nacional. Su lema "Democracia en el país y en la casa"<sup>10</sup> da cuenta de la doble dimensión del autoritarismo contra el cual estaban luchando.

Este proceso va acompañado de un trabajo de toma de conciencia y de traspaso de las ideas feministas a mujeres de distintos sectores (jóvenes, universitarias y pobladoras principalmente). Se proponen la creación de 'movimiento' como uno de sus objetivos, lo que se traduce en el contacto directo con mujeres de otros ámbitos. En este sentido, tuvieron un impacto importante que se percibe en la forma en que algunas de las coordinaciones que surgen en la década (Codem, Momupo y MEMCH 83) comienzan a cuestionar su identidad como mujeres, avanzando en la incorporación de contenidos feministas en su quehacer. Es relevante en este período, el trabajo que realiza la Casa de la Mujer La Morada, con sus talleres de reflexión abiertos a las mujeres que quisieran incorporarse y las acciones realizadas con mujeres de sectores populares.

En el feminismo chileno de esta década, se hace presente la discusión entre los límites y las posibilidades del feminismo 'autónomo' y el activismo feminista en los partidos políticos, o la distinción entre 'feministas' y 'políticas' (Kirkwood 1986; Chuchryck 1984; 1991). Esta no era una discusión restringida al contexto chileno, pues estaba muy presente en los debates a nivel latinoamericano y en los Encuentros Feministas en particular (Sternbach et al. 1994). Las bases de esta discusión estarían en la relación históricamente problemática entre las organizaciones de mujeres y los partidos políticos. Ya en los años treinta, las mujeres del MEMCH lo señalaban, manifestando la necesidad de mantener organizaciones femeninas separadas de los partidos políticos, debido a que estos tenían siempre en sus programas

Bogotá (1981), Lima (1983), Bertioga (1985), Taxco (1987).

Lema creado por el Movimiento Feminista, que luego fue ampliamente utilizado por las feministas y el movimiento de mujeres.

algo más urgente que las reivindicaciones de las mujeres (Antezana-Pernet 1997).

En los años ochenta, esta discusión tiene dos ejes: uno teórico y otro estratégico. En términos teóricos se hace referencia a la manera de entender la democracia, a partir de la disyuntiva entre la sentencia de que 'no hay feminismo sin democracia', que señalaba que lo primero era la lucha opositora al gobierno autoritario y que en un lugar secundario quedaría la discriminación de la mujer, postura sostenida por las 'políticas'; y la que plantea que 'no hay democracia sin feminismo', sostenido por las 'feministas', quienes descartan la idea de las prioridades entre una lucha y otra (Kirkwood 1984). En ambos casos, la noción de democracia se transforma en un eje central en el discurso feminista como utopía que es posible alcanzar.

En términos estratégicos, ya desde los años ochenta la 'doble militancia' —en partidos políticos y en organizaciones feministas— fue un debate que atravesó fuertemente al feminismo chileno. Este debate, interpretado por Kirkwood (1986) como la diferencia entre hacer política desde las mujeres y a partir de sus propias carencias, o sumar a las mujeres a una propuesta política tradicional anterior al planteamiento de sus necesidades a fin de que estas fueran incorporadas posteriormente, distinguió dos sectores dentro del movimiento: feministas y políticas. Ambas coincidían en la emancipación de la mujer, sin embargo, diferían en la forma para alcanzarla.

Estas controversias en torno a la estrategia para materializar los planteamientos feministas, generaron fuertes tensiones entre ambas opciones. Las 'feministas', que promovían una estrategia orientada a crear organizaciones independientes, veían críticamente la opción de aquellas feministas —las 'políticas'— que combinaban la militancia feminista con la militancia partidaria. En otras palabras, una tendencia planteaba que era posible hacer una acción política desde espacios exclusivos de mujeres, mientras que la otra, mantenía que dichos espacios debían ser mixtos a fin de involucrar a las feministas en las luchas políticas generales. Según Kirkwood, 'feministas' y 'políticas'

coincidían en la posibilidad histórica de la emancipación de la mujer. Sin embargo, en lo que no había acuerdo era "en los fines, objetivos, métodos, teoría, praxis y prioridades que asume y asumirá la emancipación global de la sociedad" (1984, p. 4).

No obstante, la tensión existente entre 'políticas' y 'feministas' no necesariamente se tradujo en una incompatibilidad total entre ambas militancias. Como lo indica Patricia Chuchryck (1984), para los años ochenta, aunque las feministas –incluidas aquellas con militancia partidaria– coincidían en cuanto a la manipulación y utilización de las mujeres por parte de los partidos políticos, habiendo tenido muchas de ellas malas experiencias con estas instituciones, argumentaban que las mujeres debían continuar activas dentro de ellos, pero contando con el apoyo y respaldo de organizaciones feministas fuertes y autónomas. Un texto escrito por Adriana Muñoz en 1984 para la editorial de la revista *Furia* es indicativo de este tipo de discusión. En él Muñoz planteaba:

En la coyuntura política chilena actual, definida por la lucha contra la dictadura, ¿cuál debe ser la opción del feminismo? ¿Participar de la reconstrucción partidaria y buscar un referente político o fortalecer su desarrollo como movimiento social autónomo? Aunque esta constituye aún una pregunta abierta en el debate del feminismo chileno, en la práctica política se ha observado un serio esfuerzo, tanto por parte de los partidos como de las Feministas, por conciliar formas de acción conjunta...

Estas tensiones y discusiones, se mantendrán subsumidas en función del objetivo común de derrocar a la dictadura. Sin embargo, a finales de la década, cuando comienza el proceso de negociación con el régimen militar, estas diferencias se harán cada vez más explícitas. En este período, son los partidos políticos, actores tradicionales del sistema político nacional, los que retoman la conducción del movimiento político opositor (Garretón 1993; Valenzuela 1993b). Al ser

Reproducido en Muñoz (1987), p. 23.

nuevamente los partidos los que monopolizan la representación y articulación de demandas e intereses sociales, se produce un efecto desmovilizador en los actores sociales y políticos no tradicionales que habían protagonizado gran parte de las luchas por reconquistar la democracia. El sociólogo Manuel Antonio Garretón (1993, p. 16) señala al respecto:

Al término del régimen, las fragmentaciones partidarias o las configuraciones de bloques se trasladaron a las organizaciones sociales. Se subordinaron así, las luchas sectoriales, organizativas o reivindicativas, a una meta política máxima para la que se carecía de estrategia o pasos intermedios. Todo ello debilitó la acción colectiva que las organizaciones, carentes de verdadera autonomía, podían emprender.

En el ámbito feminista, este retorno de la representación vía partidos políticos evidenció diferencias y conflictos entre el movimiento de mujeres y el movimiento feminista, así como entre las propias feministas en torno a las estrategias políticas de acción para enfrentar la transición.

En 1986, cuando se constituye la Asamblea de la Civilidad, instancia multipartidaria que representaba a distintos sectores de la sociedad chilena para retomar las movilizaciones sociales y restablecer una relación entre lo político y lo social (ibíd.), comienzan a evidenciarse más explícitamente las diferencias entre 'feministas' y 'políticas'; diferencias, que como hemos planteado anteriormente, habían permanecido subsumidas por el objetivo común de derrocar a la dictadura. En la medida en que surge el tema de la representación del movimiento amplio de mujeres frente a los otros sectores de la oposición (en particular ante la Asamblea), comienzan a evidenciarse más claramente diferencias político partidistas. Dicha representación es asumida por una líder feminista, militante del partido socialista e integrante de Mujeres por la Vida, organización que además elabora el pliego de las mujeres que fue presentado a esta Asamblea (Valdés v Weinstein 1983). Estas acciones generaron intensos debates en torno a la representatividad de esta organización y a su posibilidad de cooptar

a las organizaciones de mujeres y quitar visibilidad pública al movimiento feminista (Chuchryck 1991).

Las diferencias comienzan a agudizarse y a generar conflictos cuando en 1988 se cumple el itinerario pactado con la dictadura de llamar a plebiscito para votar Sí por la continuidad del régimen militar o No en rechazo a este. Parte importante de los partidos opositores se adscriben a este proceso y llaman a inscribirse en los registros electorales, mientras que una parte menor se opone al mismo. En términos generales, la mayoría de las feministas apoyaron en ese momento la opción de participar en ese proceso eleccionario. Según señalan Alicia Fröhmann y Teresa Valdés (1993, p. 17):

Para las mujeres feministas hacer pública su adhesión al voto por el NO se convirtió en una excelente oportunidad para decir "NO" también al sexismo, la discriminación de género, el patriarcado y el autoritarismo de la sociedad chilena. Sin embargo, también comenzó a ser necesario superar la mera descripción y denuncia de la discriminación de género e introducir en la agenda de la democracia los temas de las mujeres.

Conscientes de esta necesidad de incorporar las demandas de las mujeres en la agenda democrática, a fines de 1988 un grupo de feministas elabora el documento "Las demandas de las mujeres a la democracia", con el objetivo de presentarlo a los partidos políticos de oposición y a las diversas organizaciones sociales y gremiales que emergían en el país. En estas demandas se consideran propuestas para cambiar la situación de las mujeres en tanto ciudadanas, madres y trabajadoras y se propone la creación de una agencia gubernamental

Algunos de los grupos feministas que firmaron este documento fueron: Colectivo Feminista Ayuquelén; Casa de la Mujer La Morada, Codem, Momupo, Casa de la Mujer de Valparaíso, Taller de la Mujer, Espacio de la Mujer, Taller Camila. Suscribieron además mujeres como Elena Caffarena, Olga Poblete, Laura Soto, Carolina Tohá, entre otras. El documento fue publicado en el diario *La Época*, en Santiago el 1 de julio de 1988 y reproducido como anexo en Gaviola et al. 1994.

(de nivel ministerial) especialmente dedicada a promover la equidad de género.

Así, el debate en torno al conflicto entre feministas y políticas adquiere un nuevo matiz. Comienzan a perfilarse distintos sectores con diversas posturas. Por una parte, aquel que buscaba actuar más allá de los partidos y el Estado, promoviendo la acción desde las organizaciones sociales y su participación directa en el proceso para mantener el espacio ganado durante la dictadura. Por otra, un sector constituido principalmente por mujeres militantes de partidos políticos y profesionales, que se incorporó a la Concertación de Mujeres por la Democracia con el propósito de abrir espacios en el nuevo conglomerado político y en el futuro gobierno, acción que se plasmó en las "Propuestas de la Concertación de Mujeres por la Democracia", que fuera presentado a la coalición de gobierno como la plataforma de las mujeres (Gaviola et al. 1994).

Sin embargo, es importante enfatizar que la identidad de 'feministas/políticas' no se agotaba en aquellos sectores vinculados a los partidos de la Concertación. Existía además otro grupo de activistas que compartía tal identidad, en su mayoría militantes —o simpatizantes— de partidos de izquierda que no formaban parte de la Concertación (el Partido Comunista, el MIR y algunas fracciones del Partido Socialista), quienes mantuvieron una actitud crítica frente a este proceso de formulación de demandas para ser incluidas en la plataforma de gobierno. Este sector, si bien de menor homogeneidad interna y visibilidad que el otro grupo de feministas políticas, mantuvo una actitud escéptica y cuestionadora respecto a la forma y el contenido de las propuestas incluidas en el documento entregado al gobierno. Esta oposición no puede ser reducida o asimilada a la postura de las

Estas propuestas se encuentran en "Tramas para un nuevo destino. Propuestas de la Concertación de Mujeres por la Democracia", publicación que reúne los trabajos realizados por once comisiones que abordaron diversos temas como educación, salud, empleo, legislación, institucionalidad, entre otros, señalando diagnóstico y propuestas.

feministas definidas como 'autónomas' o feministas a secas. Mientras las feministas autónomas cuestionaban la estrategia planteada para avanzar la plataforma feminista (¿es posible transformar el patriarcado desde el Estado?), las feministas políticas de izquierda cuestionaban la alianza coyuntural establecida con la Concertación y lo que ello implicaba respecto de la 'radicalidad' y/o profundidad de los cambios a los que se podía aspirar (¿es posible construir una sociedad verdaderamente democrática con una institucionalidad heredada de la dictadura y en alianza con sectores confesionales?). Si bien cada una de ellas representa distintas posiciones estratégicas, en el contexto histórico de la transición sus objetivos y discursos tienden a confluir.

Las diversas posiciones estratégicas que surgen de estas tendencias se transformaron insoslayablemente en debates y conflictos políticos entre feministas; conflictos que hasta entonces habían permanecido sepultados bajo una superficie construida en torno a un objetivo común. Una de las entrevistadas recuerda uno de los momentos más álgidos en esta discusión y relata un incidente que ella interpreta como el inicio del quiebre en el movimiento amplio de mujeres:

A partir de la Concertación de las Mujeres por la Democracia empezó el problema. Cuando fue la reunión que supuestamente era del movimiento de mujeres e íbamos mujeres de todos lados y ahí yo escucho, nunca me voy a olvidar, que no podían estar las mujeres del Partido Comunista. (Testimonio de una mujer de 56 años entrevistada en Santiago)

En síntesis, muchas feministas se suman a la convocatoria de la Concertación de Mujeres por la Democracia, son parte o se integran a la coalición de gobierno y ocupan cargos gubernamentales. Otras se mantienen al margen de los partidos y el Estado, señalan su desacuerdo con la elaboración del documento mencionado y critican el protagonismo que recobraban los partidos políticos como únicas instituciones válidas para la nueva institucionalidad política. Para estas feministas, la militancia política y la opción feminista eran excluyentes, afirmando que no era posible hacer feminismo desde los partidos políticos. Además de estas dos posiciones se encuentran las feministas

políticas de izquierda, que si bien no consideran la militancia partidaria y feminista como excluyentes entre sí, adhieren a las críticas sobre el tipo y contenido de la transición a la democracia y se suman en ciertos momentos al discurso de la autonomía.

Así, llega a su fin, una década y un período histórico cargado de sentidos para la sociedad chilena en general y para el feminismo en particular. Momento de inflexión que confronta al feminismo con una creciente pluralidad política e ideológica interna que se transformará paulatinamente en posiciones antagónicas.

# 2. El feminismo en los noventa: ¿desmovilización o transformación?

A pesar de la divergencia en propuestas estratégicas que marcaba el campo feminista a comienzos de los noventa, y la postura crítica que ciertos sectores mantenían respecto del proceso de transición, el inicio de una nueva etapa democrática —el anhelado derrocamiento de la dictadura— despierta grandes esperanzas y entusiasmo en la mayoría de las feministas. El período se inicia con la confianza de los logros obtenidos en la década anterior, con la visibilidad y articulación alcanzadas por el movimiento amplio de mujeres —y por el feminismo como uno de sus pilares fundamentales— al calor de la lucha opositora por reconquistar la democracia. Anhelos, esperanzas y expectativas marcan para muchas feministas los primeros años de transición. Entre las más optimistas existía confianza en que la democracia llegaría 'al país y a la casa' y que la 'alegría' efectivamente llegaría para todas y todos.

Transcurrida más de una década desde el cambio de régimen político, es posible volver la mirada y hacer un recuento de lo que fue el período para el feminismo chileno. Mirada que evidencia la

<sup>&</sup>quot;La Alegría ya viene" fue el lema utilizado por el movimiento opositor en la campaña por el NO en el plebiscito de 1988. Este plebiscito fue convocado por la dictadura militar en un intento de legitimar su mandato por 8 años más.

existencia de cambios importantes en las lógicas de acción, discursos y actitudes frente a la 'política' y lo 'político'. Así, en la década recién pasada, identificamos por lo menos tres grandes etapas en la evolución del campo feminista. Una primera etapa, desde finales de la década de los ochenta (cuando se inicia el proceso institucional de transición) hasta aproximadamente 1993, que estuvo caracterizada por una marcada búsqueda de unidad y articulación en torno a una identidad específicamente feminista. Una segunda etapa, entre 1994 y 1996, en la cual se agudizan las diferencias entre distintas posiciones estratégicas y opciones políticas entre feministas, y se produce un creciente distanciamiento discursivo y de esferas de acción entre estas diversas posturas. Y, finalmente, una tercera etapa que se inicia en 1997 y perdura hasta hoy, donde dicho distanciamiento tiende a cristalizarse en procesos paralelos, así como en una creciente desarticulación e invisibilidad del feminismo en cuanto actor colectivo en la esfera pública y en la consolidación de espacios y estrategias microsociales de activismo.

### 2.1. La búsqueda de la unidad, 1990-1993

Los inicios de la década se caracterizaron por un intento explícito de generar espacios y discursos propiamente feministas, diferenciados e independientes de otros actores sociales. Esto, junto con darle una continuidad al trabajo realizado durante el régimen dictatorial, buscaba delinear lo que serían las estrategias del movimiento en el contexto de transición a la democracia. Se trata de un esfuerzo, desde el feminismo, de diferenciación respecto del movimiento amplio de mujeres, cuyo principal eje articulador había estado centrado en la lucha por reconquistar la democracia. En este momento de importantes transformaciones, las diferencias estratégicas entre feministas, que se habían evidenciado desde el inicio del proceso de transición, no opacaron la confianza existente en que se podrían generar articulaciones en torno a objetivos comunes.

## a. El primer Encuentro Feminista en Valparaíso como hito unitario inicial

Un evento que tiene un fuerte impacto en esta estrategia de articulación y búsqueda de identidad propia, tanto en el ámbito nacional como latinoamericano, fue el V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe realizado en San Bernardo, Argentina. En ese Encuentro (el más heterogéneo y masivo en la historia de los encuentros hasta la fecha), se discute la posibilidad de realizar el siguiente encuentro en Chile, a partir del compromiso que existía de así hacerlo una vez terminada la dictadura. Sin embargo, debido a la falta de consenso entre las chilenas presentes y de apoyo para la iniciativa entre el resto de participantes, esa idea fue descartada en favor de realizar el VI Encuentro en Cuba. Esta idea tampoco fructificó, definiéndose finalmente como futura sede "algún lugar de Centroamérica" (Sternbach et al. 1994). Las feministas chilenas asistentes tenían visiones contrapuestas, algunas apoyaban el que Chile fuera la sede del próximo encuentro, mientras otras planteaban que no estaban las condiciones para llevar adelante dicha tarea (Comisión Memorias del VI Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe). A partir de este hecho se planteó la necesidad de realizar un encuentro nacional que sentara las bases para avanzar en una estrategia y propuesta feminista a escala nacional.

Así, quienes habían asistido al V Encuentro llamaron a formar la Iniciativa Feminista, con el propósito de impulsar un proceso de reflexión para formular una propuesta política feminista, promoviendo la articulación y revitalización del 'movimiento'. Este proceso culminó con la realización del primer Encuentro Nacional Feminista, en octubre y noviembre de 1991, en la ciudad de Valparaíso. La Iniciativa se constituyó en la principal instancia de articulación que surge en el período, y estuvo conformada por aproximadamente cuarenta mujeres, en su mayoría profesionales, pero con la participación de mujeres de otros sectores, incluyendo pobladoras.

En adelante y hasta el año 1995, la realización de Encuentros y Foros <sup>16</sup> nacionales fue la estrategia adoptada para construir acuerdos, debatir las diferencias y en definitiva, generar un espacio/campo de acción propiamente feminista.

Dicho primer Encuentro se caracterizó por su amplia convocatoria, convirtiendo al evento en Valparaíso, en un hito fundacional y unitario para las feministas en la nueva etapa que iniciaba el país. Las organizadoras del Encuentro propusieron como uno de los objetivos centrales del evento el delinear una estrategia política común para el feminismo chileno frente al nuevo contexto democrático. Acorde con lo anterior, los ejes de la discusión fueron la definición de los objetivos del movimiento, los contenidos de la acción y las estrategias para el período; poniendo el énfasis en las estrategias y acciones de articulación de las feministas de las distintas ciudades del país. Entre los compromisos asumidos en este Encuentro, se cuentan el fortalecer el movimiento en las distintas zonas del país, avanzar en el proceso de articulación, defender su autonomía "frente a los intentos de subordinación por parte de organismos internacionales, agencias o fuerzas políticas", apoyar y solidarizar con mujeres y feministas que accedan a cargos públicos, entre otros (Iniciativa Feminista 1993, p. 52). Los temas planteados dan cuenta de la clara voluntad articuladora presente entre las feministas chilenas en ese momento, así como de un deseo latente de incorporación en los procesos y espacios políticos que se abrían con el retorno a la democracia.

Sin embargo, en este Encuentro se reconoce que hay distintas posiciones políticas y estratégicas entre las feministas: aquellas "que ponen el énfasis en los obstáculos que la institucionalidad opone a la constitución del movimiento como agente de cambio", y las que "afirman su voluntad de autonomía para, desde allí y con una estrategia capaz de construir fuerza feminista, ocupar todos los espacios de la

En el segundo Encuentro Nacional Feminista se acuerda realizar Foros, que son concebidos como espacios de discusión más permanentes entre feministas.

sociedad hoy vedados" (ibíd., p. 5). Así, en este Encuentro comienzan a delinearse corrientes de opinión más claramente definidas, aunque de manera incipiente aún, entre quienes creen que es posible permeabilizar el aparato estatal y priorizar una estrategia de influencia en las esferas de poder y las agendas públicas que desde ahí emanan, y quienes creen que ello debilitará al feminismo en tanto actor político independiente. Claramente, estas diferencias representan una continuidad con los quiebres y conflictos que se habían hecho evidentes durante el proceso de transición.

Al mismo tiempo que se producían estos debates internos del campo feminista, se venían desarrollando procesos políticos que tendrían un fuerte impacto en la dinámica y el accionar feminista de la época. En 1991, el primer gobierno de la Concertación crea el Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM), en respuesta a las demandas hechas por la Concertación de Mujeres por la Democracia (CMD). El Sernam fue creado como un organismo coordinador de políticas públicas, con una Directora con rango de Ministra, mientras que la relación directa con las mujeres organizadas quedó en manos del Programa de Promoción y Desarrollo de la Mujer (PRODEMU), organización dependiente de la esposa del Presidente de la República.

En este primer momento, el Sernam asumió en parte la agenda elaborada por la Concertación de Mujeres por la Democracia, a partir de la cual definiría sus políticas y lineamientos de acción, considerando la función que le había sido asignada y el escaso presupuesto aprobado. Sin embargo, la agenda de esta institución se distanció de aquella elaborada por las mujeres de la Concertación en los temas más controversiales como el aborto, el divorcio, los derechos sexuales y reproductivos y el acceso a la toma de decisiones a través del establecimiento de cuotas mínimas de participación. Algunos elementos que incidieron en lo anterior, fueron la fuerte resistencia de los partidos de la derecha, que se oponían principalmente a los temas 'valóricos', y las posiciones contrapuestas de ciertos sectores de la coalición gobernante, respecto a cómo enfrentar la desigualdad entre los géneros (Valenzuela 1998b). La visión crítica de la Democracia Cristiana

(DC), uno de los principales partidos dentro del conglomerado de gobierno, respecto de los contenidos más 'feministas' de la agenda propuesta por la CMD, fue uno de los principales obstáculos para implementar una agenda más acorde a las demandas de las mujeres a la democracia (Valenzuela 1998c).

En este período, la relación de algunas feministas con el Sernam es de gran cercanía. Esta institución es vista en ese momento por muchas feministas, especialmente por aquel sector que había participado en la elaboración de las "Demandas de las Mujeres a la Democracia", como una conquista propia, como el resultado y fruto del trabajo realizado durante la dictadura. Se establece entonces una relación de cuidado y complicidad frente a este organismo, de apoyo ante los ataques de la derecha, sin mayor cuestionamiento o crítica de su quehacer. De acuerdo a María Elena Valenzuela, "el gobierno era considerado neutro en términos de género, un instrumento disponible para ser utilizado en la implementación de compromisos políticos" (1998c, p. 56). Esta tendencia es corroborada en un informe realizado por la académica feminista peruana Maruja Barrig. En dicho trabajo queda en evidencia la visión que muchas feministas tenían respecto del nuevo gobierno democrático en general, y del Sernam en particular. Dos de sus entrevistadas señalan al respecto:

Estamos dentro de una concepción política similar a la del Sernam. En lo que se refiere a políticas públicas, hay consenso y acuerdo sobre lo que hoy se puede hacer desde el Estado; nosotras tenemos un papel de vanguardia colocando temas en la agenda pública y por eso nos interesa mantener una relación fluida con el Sernam.

Hay una relación muy grande con la agenda del Sernam, porque el Sernam existe gracias al movimiento de mujeres y su agenda fue "conversada" con el movimiento. (Barrig 1997, p. 14)

En tanto, otros grupos de feministas más distantes del quehacer estatal propiamente tal, mantienen una estrategia para incentivar la articulación al interior del campo feminista. Siguiendo los acuerdos asumidos en el primer Encuentro, realizan en enero de 1993 el

segundo Encuentro Nacional Feminista en la ciudad de Concepción. Este Encuentro es organizado por feministas de esa ciudad reunidas en torno a lo que denominaron el Colectivo Feminista de Concepción. Ellas se proponen, además de realizar esta actividad, generar un espacio de intercambio y reflexión en el ámbito regional.

En este Encuentro, las distintas opciones estratégicas parecen haberse profundizado, explicitándose por primera vez, la existencia de distintas corrientes político-ideológicas en el feminismo chileno.

Cuando nos planteamos constituirnos en una organización fuerte, con capacidad de poder, evidenciamos dos posturas: un sector que privilegia la organización feminista y/o de mujeres, propia y autónoma; y otro sector que privilegia la participación e inserción en las organizaciones sociopolíticas ya existentes. La cuestión no se reduce a cuál es más válida, sino en comprender que en ciertos momentos, determinadas mujeres valoran el participar en los espacios mixtos para ir asentando una nueva forma de poder en esos espacios, sin por ello dejar de lado la orgánica feminista. (Colectivo Feminista de Concepción 1993, p. 19)

Resulta importante señalar que el debate reflejado en el texto anterior, reproduce los mismos ejes de argumentación presentes en las reflexiones feministas en décadas pasadas. Sin embargo, en ese entonces, dichos debates no eran interpretados como corrientes de opinión o quiebres estratégicos insoslayables. Una de las preguntas que surge entonces es ¿qué otros factores inciden para que un debate similar respecto a la 'autonomía', tema siempre presente en las preocupaciones de las feministas latinoamericanas, sea interpretado en el contexto del Chile postransición como la fisura ideológica más trascendente para el feminismo? Volveremos a este tema más adelante.

Al margen de las claras diferencias que existían en ese momento, y al igual que en el primer Encuentro, en el segundo Encuentro en Concepción se mantiene un discurso unitario y se reafirma la importancia de construir espacios que permitan el desarrollo de una política

específicamente movimientista, en especial foros y encuentros, donde feministas de diversas corrientes y que se desenvuelven en distintos ámbitos organizativos puedan confluir. Es en esos espacios donde se puede reflexionar y debatir en conjunto, y lo que es más importante aún, crear lazos de pertenencia y el reconocimiento mutuo que solo la interacción personal directa puede generar. No obstante, a pesar de esta voluntad unitaria, la asistencia a este encuentro es mucho menor que la del primero realizado en Valparaíso. Aquí termina de cristalizar una tendencia ya presente en otros espacios y eventos de carácter más interno organizados por y para feministas: la creciente retirada de ciertos sectores, principalmente aquellas feministas involucradas directamente con la estrategia de influencia en las agendas públicas. En este grupo, se encontraban 'feministas políticas' vinculadas a los partidos de Gobierno (muchas de ellas habían pasado a ocupar cargos en el Estado) y a algunas ONG.<sup>17</sup>

En el Encuentro de Concepción, la Iniciativa Feminista anunció su decisión de lanzar, por primera vez en la historia del país, una candidatura explícitamente feminista al parlamento. Para las involucradas, esto mostraba "la presencia de un feminismo actuante, con la posibilidad de proyectar negociaciones reales con otros movimientos sociales y con feministas de partidos políticos" y de "legitimar un mundo social no expresado" (Documento Iniciativa Feminista 1993). De esta manera, la Iniciativa asumía el desafío de constituirse en referente político feminista y de confrontar y hacer visibles sus propuestas. Después de una votación secreta, la Iniciativa Feminista decide presentar a Isabel Cárcamo, como candidata a diputada por un distrito correspondiente a dos comunas de Santiago de sectores medios y medios altos (Ñuñoa y Providencia). <sup>18</sup> Cárcamo es una educadora

Veintisiete de las entrevistadas trabajaban en ONG cuando se realizaron estos encuentros. De ellas, 19 participaron en el primero, 10 en el segundo y 13 en el tercero, mientras que no más de 5 participaron en los distintos foros.

La selección de la candidata fue realizada de manera colectiva, en una reunión de la Iniciativa. Las otras candidatas internas fueron Margarita Pisano y Edda Gaviola.

que, como muchas feministas, había sido militante de izquierda, vivió en el exilio y a su retorno al país retomó una activa participación feminista y se insertó laboralmente en una ONG.

Aunque hubo consenso respecto de la importancia para el 'movimiento feminista' de asumir un protagonismo político, no lo hubo respecto de la estrategia electoral elegida (incluyendo la capacidad real de insertarse en los mecanismos que operaban en los procesos eleccionarios) y en menor medida, respecto de la selección de la candidata. De ahí que muchas se opusieran al lanzamiento de la candidatura en ese momento. Por otra parte, la mayoría de las 'feministas políticas' seguía manteniendo un fuerte compromiso electoral con sus respectivos partidos. Así, la estrategia electoral impulsada por la Iniciativa Feminista recibió un apoyo relativamente reducido entre importantes sectores feministas de la época. Finalmente, la candidatura no se inscribió por no cumplir con los requerimientos del sistema electoral.

### b. La expresión de la diversidad en el campo feminista

Comienza a manifestarse en este período una gran diversidad de corrientes de expresión y estrategias políticas, así como identidades y temáticas que convocan a determinados grupos de feministas: mujeres de sectores populares, lesbianas, jóvenes; y problemáticas tales como la violencia doméstica y los derechos reproductivos. Surgen entonces los llamados 'feminismos con apellido' (popular, lésbico, joven, autónomo) y la necesidad de generar estrategias para articularse en torno a esas identidades y entre distintos grupos. Esta es una de las preocupaciones que aparecen en los primeros encuentros de la década.

Aun cuando se logró reunir la cantidad de firmas exigidas por ley para inscribir la candidatura, muchas de estas no fueron consideradas válidas porque las/os firmantes estaban previamente inscritas/os en otros partidos políticos.

#### · El 'feminismo popular'

Uno de los sectores que adquiere relevancia es el llamado 'feminismo popular'. La definición de esta corriente/identidad fue producto de un proceso que se había iniciado en los años ochenta, con la constitución de una serie de organizaciones de mujeres populares, que poco a poco fueron reflexionando respecto a la discriminación que vivían no solo por su pertenencia de clase, sino también por ser mujeres. Este proceso fue en parte facilitado por actores externos tales como los organismos de cooperación internacional, a través del trabajo realizado por ONG de mujeres. Como hemos mencionado antes, muchos de estos grupos asumieron una identidad abiertamente feminista y reivindicaban su doble identidad y posición de clase y género.

Al iniciarse el período de gobierno democrático, algunas de estas organizaciones se mantenían activas. Tal es el caso del Movimiento de Mujeres Pobladoras (MOMUPO), que ya desde mediados de los ochenta se identificaba como organización feminista. En esta etapa inicial surge además el denominado Movimiento Feminista Popular (1990 - 1993), constituido por mujeres pobladoras de distintas comunas de Santiago que se plantean como objetivo crear conciencia de género en mujeres pobladoras. Aparecen también diversos colectivos de feministas populares como el Colectivo Malhuén, de Lo Hermida, que es una continuación del Colectivo de Mujeres de Lo Hermida conformado en los ochenta. Así mismo, se encuentran mujeres que se identifican como feministas dentro de organizaciones de mujeres populares más tradicionales.

A pesar del trabajo desarrollado por algunas feministas con mujeres populares, la relación entre feministas de distintos sectores sociales era compleja: con reconocimientos mutuos cruzados por

Este es el caso de las integrantes de los talleres de mujeres populares vinculados a Tierra Nuestra en la zona sur de Santiago (Ríos 1994).

constantes tensiones y conflictos. Respecto a estas tensiones, una feminista del Momupo señalaba a comienzos de la década:

La diferencia es que nosotras trabajamos con la identidad de clase y las feministas de clase media no, ellas solo trabajan el género... nosotras tenemos cosas en común con las mujeres de clase media, pero también tenemos otros problemas que ellas no tienen... Nosotras no vamos a avanzar como mujeres si las dos cosas no están vinculadas. (Ríos 1994, p. 97)

Sin embargo, las mujeres del Momupo hacían también una valoración del aporte "del llamado feminismo de elite" o feminismo de las mujeres de clase media, señalando en el primer Encuentro Feminista en Valparaíso que si estas feministas lograron "permear los sectores populares, significa que... fueron más allá de un trabajo de elite" (Iniciativa Feminista 1993, p. 33).

En este sector de feministas, está presente también la voluntad articuladora y de fortalecimiento del campo de acción que se percibe en el conjunto del movimiento, realizando una serie de encuentros. En 1991, mujeres populares provenientes de diversas organizaciones entre las que se cuenta el Colectivo Malhuén de Lo Hermida, realizaron el primer Encuentro Mujer Pueblo en el que el tema central fue el patriarcado y el significado y la contradicción de género. En 1992 realizan el segundo, donde el tema central fue la identidad de clase (Marea Alta, año II, nº 14, septiembre, 1992). Ese mismo año se llevan a cabo el primer y segundo Encuentro de mujeres feministas de sectores populares (Fempress, nº 136/137, febrero/marzo, 1993), los que son organizados por distintas ONG que tenían un trabajo directo con mujeres y en los que se puso énfasis en la búsqueda de posiciones comunes, más allá de las diferencias entre mujeres. En 1993 se realizó también el Encuentro Metropolitano de Feministas Populares (Marea Alta, año III, nº 23, agosto, 1993). En todos estos

Servicio Chileno Cuáquero, Quercum, Ridem, Tierra Nuestra y La Morada.

encuentros, se discute la existencia de un feminismo popular a partir de la reafirmación de una identidad de clase y la relación con el movimiento feminista en su conjunto. Al mismo tiempo que el feminismo popular generaba espacios propios de encuentro y debate, su presencia era importante en los primeros encuentros feministas nacionales. En el primero de ellos, parte de sus planteamientos son recogidos en la Memoria del Encuentro.

Sin embargo, la presencia y visibilidad de este grupo de feministas —en tanto corriente orgánica y de pensamiento— tiende a declinar paulatinamente hasta casi desaparecer del campo feminista. Las razones que explican esta desarticulación constituyen un nudo complejo de desenmarañar. No existen explicaciones únicas ni simples que den cuenta de ello, sino un conjunto de factores que se entrelazan y potencian entre sí, provocando lo que puede ser entendido como el fracaso del feminismo chileno de constituirse en un actor genuinamente interclasista.

Entre los factores explicativos, confluyen procesos internos de las organizaciones y del mundo popular en general en la etapa posdictadura, y otros de carácter externo que afectan al campo feminista en su conjunto. Entre los primeros, está la transformación de la forma y el sentido de la acción colectiva una vez reconquistada la democracia y abiertos los canales formales (y tradicionales) de participación política. Muchas feministas populares contaban con una larga travectoria de activismo político y social, incluyendo una activa militancia partidista. Estas mujeres se integran entusiastamente a los procesos electorales y a la contienda política que tiene lugar en torno a la apertura democrática de los municipios, relegando a segundo plano las organizaciones de mujeres. Así, el decaimiento del feminismo popular estuvo, paradojalmente, vinculado a las mismas oportunidades planteadas por la apertura democrática en el ámbito local. Ya en el Encuentro de Valparaíso, las feministas populares vislumbran que el espacio de participación que se abre es el comunal y que ahí ellas tendrán un lugar privilegiado. Sin embargo, más tarde plantearán que eso mismo se habría vuelto en su contra, tal como señala una integrante del Momupo:

Ya después, cuando vino la cosa electoral, se había resaltado mucho lo de la participación a nivel comunal, la cuestión de los candidatos y de los partidos, y las mujeres con más inquietudes se habían pasado muchas películas con que metiéndose en la cosa política partidaria podrían alcanzar otros cargos, más de vida pública, y optaron por eso. Ahí empezamos a hacer agua porque nosotras seguimos como un espacio de participación y de encuentro de las mujeres, pero nos dimos cuenta de que nos estábamos dando vuelta con la misma gente... las más interesadas, las más comprometidas se habían metido en la chuchoca local... lo primero que se abrió fueron los partidos y después vino la cosa local como una actividad mucho más cercana". (Gaviola et al. 1994, p.142-143)

El fuerte decaimiento en membresía y vitalidad que sufren las organizaciones sociales en el ámbito popular, incluyendo las de mujeres, es otro factor que incide negativamente en la articulación del feminismo popular (Ríos 1994). Por último, el deterioro de las relaciones entre 'feministas populares' y aquellas de sectores medios y altos que predominaban en el 'movimiento', también incide negativamente en este proceso. Algunas de las entrevistadas aluden a una especie de agotamiento y posterior distanciamiento de mujeres populares de los crecientemente escasos y conflictivos espacios de interacción propiamente feminista. En la medida en que aumentan las diferencias político-estratégicas, y el debate respecto de la relación con el Estado y el sistema político cobra centralidad, la preocupación por integrar a mujeres populares a los espacios feministas –un objetivo central durante los ochenta- tiende a perder prioridad en los discursos y estrategias de una mayoría de feministas. Este hecho es sin duda resentido por las feministas populares, las que no logran identificarse con ese debate polarizado y optan por buscar otros espacios para su accionar político.

Entre los factores externos, encontramos que la reducción del trabajo de formación e interacción con mujeres de sectores populares realizado por las ONG, la Iglesia católica y agencias internacionales, también incide negativamente en la articulación de mujeres populares

como una corriente feminista. Una vez recobrada la democracia, la cooperación internacional para Chile disminuye y algunas ONG desaparecen y otras deben reorientar sus objetivos y acciones para conseguir financiamiento. Las más afectadas en este sentido son aquellas que encauzan su acción a partir del vínculo con las organizaciones de base (Barrig 1997). Asimismo, el énfasis puesto en las estrategias de incidencia en las agendas públicas por parte de un sector importante de feministas, resta recursos (financieros, humanos, organizacionales) al trabajo orientado a fomentar la participación y asociatividad de mujeres de diversos sectores sociales (incluyendo el ámbito popular).

#### El 'feminismo lésbico'

Otro sector que adquiere relevancia en este período es el de las feministas lésbicas. En Santiago, además del Colectivo Lésbico Ayuquelén, se crea el Grupo de mujeres del MOVILH (Movimiento de Liberación Homosexual) y en Concepción emerge Lesbianas en Acción. Las organizaciones lésbicas que habían comenzado a surgir a mediados de los años ochenta, logran en este momento su mayor grado de articulación interna de toda la década. Prueba de ello, es el primer Encuentro Lésbico Nacional, realizado en Santiago el año 1992, al que asisten mujeres de distintas regiones del país. En ese Encuentro, ellas plantean entre sus propuestas el "abrir un debate con el movimiento feminista y el movimiento social de mujeres sobre discriminación de género, heterosexualidad obligada, violencia, sexualidad, etc." (Marea Alta, año II, nº 12, julio 1992, p. 2).

Los colectivos lésbicos se constituyen como espacios de encuentro y de visibilización del tema de las opciones sexuales, siendo su principal objetivo reflexionar sobre el lesbianismo y desde ahí desarrollar una postura feminista. Sin embargo, a diferencia de las feministas populares y en claro contraste con lo que ocurre en otros países latinoamericanos, las feministas lésbicas no logran un grado de articulación importante con el resto de las feministas, no tienen mayor presencia ni visibilidad en los espacios de articulación feminista, y la

opción sexual no llega a constituirse en un tema relevante de la agenda feminista.

Algunas de las entrevistadas pertenecientes a grupos lésbicos, manifiestan que la relación entre sus organizaciones y el 'movimiento feminista' se ha caracterizado por una permanente tensión.

La relación del movimiento lésbico con el movimiento feminista es muy complicada y más bien mala que buena. Yo creo que el feminismo es heterosexual; aunque incorpore en su discurso las posiciones, no sabe nada de sexualidad, de lesbios, de homosexualidad, no sabe nada. Y las lesbianas saben muy poco de ellas, no han hecho una exposición... y han sido unas reclamonas al movimiento feminista. (Testimonio de una mujer de 68 años entrevistada en Santiago)

Otra de las entrevistadas de 41 años, Santiago, plantea "que las feministas tienen mucho temor de ser seducidas por las lesbianas, de enfrentarse a sus propios temores", lo que transformaría a las lesbianas en el "lado oscuro del feminismo".

Es difícil explicar esta suerte de marginalidad y tensión de la identidad y el discurso lésbico en el campo feminista. Hasta ahora, no existen estudios sistemáticos sobre la organización y trayectoria política de las lesbianas chilenas y tampoco ha sido abordada en los estudios realizados sobre el movimiento de mujeres en general. A pesar de ello y sobre la base de nuestras entrevistas, es posible avanzar por lo menos en tres factores que han incidido en esta situación.

Primero, los propios grupos lésbicos han tenido una actitud ambivalente respecto de su identidad feminista. En general, el eje articulador para estas mujeres ha sido su opción sexual sin que esto implique, para una mayoría de ellas, una adhesión al feminismo. Segundo, esta misma actitud ambivalente ha caracterizado al pensamiento y accionar feminista en su conjunto. Como lo hemos planteado con anterioridad, el feminismo emerge estrechamente

relacionado a una cultura política de izquierda, preocupado sobremanera por las transformaciones en el 'ámbito público' (fundamentalmente el régimen político, el acceso de las mujeres a las esferas de poder y al mercado de trabajo, entre otros temas relacionados). Desde sus inicios se mostró poco disponible a incorporar temáticas que parecían desviarse demasiado de la lucha 'principal' que enfrentaba la sociedad chilena del momento: la recuperación democrática. Por último, según nuestra opinión, esta misma cultura política incidió en que muchas feministas que en sus vidas y discursos 'privados' compartieron diversas opciones sexuales, se mostraran reacias a plantear esto como tema de debate político feminista. Tanto porque no existían las condiciones de apertura suficiente para ello, como porque no se sentían convocadas a movilizarse en torno a su identidad/opción sexual.

Tal tensión entre dicho sector y otros grupos feministas se manifestaba claramente, ya a fines de los ochenta, cuando al convocar al Colectivo Feminista Lésbico Ayuquelén a firmar las Demandas de las Mujeres por la Democracia, se les pide que lo hagan sin explicitar que son un colectivo lésbico. Al respecto, una de las entrevistadas de 48 años, Santiago, integrante del colectivo, señala que tras este conflicto se salieron del "movimiento porque no estaban dispuestas a ocultar sus reivindicaciones como movimiento lésbico".

#### · El feminismo de las nuevas generaciones

En estos años tienen también una presencia importante las feministas de nuevas generaciones. Hay grupos activos como el Colectivo Belén de Sárraga, creado a fines de los ochenta (que se mantiene hasta 1991) y se crean otros como el Colectivo Ovarias (1990-91) y Albórbola (1990-93); todos asentados en Santiago. Estos colectivos se caracterizaron por un intento explícito de articulación con otras mujeres jóvenes y la incorporación de nuevas mujeres al feminismo. Esto se evidencia en el desarrollo de actividades de formación, como las llevadas a cabo por el Colectivo Belén de Sárraga con mujeres

universitarias y mujeres populares, o en las actividades de extensión como la librería feminista instalada por el Colectivo Albórbola, la que fue planteada como un espacio de encuentro y difusión de materiales de lectura e investigación.

La importancia de la incorporación de nuevas generaciones al feminismo, es un tema que se esboza ya en los encuentros feministas. En el primer Encuentro se plantea que, como parte de la estrategia de fortalecimiento del movimiento, es necesario "reconocer y construir nuevos liderazgos que desde la diversidad consideren la incorporación de nuevas generaciones y su formación" (Iniciativa Feminista 1993, p. 49). En este sentido, la Casa de la Mujer La Morada jugó un papel importante en la conformación de estos grupos, en la medida que dio alero a varios de ellos y sus integrantes formaron parte de las actividades desarrolladas por la Casa en esos años, transformándose en una puerta de entrada al feminismo para mujeres de las nuevas generaciones. Ejemplo de lo anterior es lo que señala una de las integrantes de 36 años del Colectivo Belén de Sárraga, entrevistada en Santiago:

Desarrollamos una propuesta política original que se tradujo en una práctica de organización y convivencia. Tratamos de levantar una identidad de mujeres jóvenes con otras. Hicimos encuentros autónomos, nos articulamos al movimiento estudiantil y al movimiento social más amplio. Tuvimos visibilidad (...) yo hacía talleres de sexualidad con universitarias y mujeres populares. Hicimos dos encuentros con mujeres jóvenes.

#### Nuevas formas organizativas

Además de las organizaciones que emergen en este período, hacen su aparición también diversos medios de comunicación feministas. En 1991 se crea *Marea Alta*, como un periódico de distribución mensual de información, sobre temas relevantes para las mujeres y difusión de sus actividades. Esta publicación se termina en 1994, y parte de su equipo crea el periódico *Puntada con Hilo*. En agosto de 1991, sale al aire Radio Tierra, proyecto de la Casa de la Mujer La

Morada, que se plantea como la primera radio feminista en el ámbito nacional, que hace una propuesta cultural desde el feminismo, tanto en su programación como administración. En 1992 en tanto, se crea *Con-spirando*, revista latinoamericana de ecofeminismo, espiritualidad y teología.

Se comienzan a formar también los Programas de Estudios de la Mujer en las universidades chilenas. El primero de ellos es el Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de la Universidad de Concepción. Este programa fue creado por dos docentes feministas, quienes luego de asistir en 1990 al V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe –donde se reúnen con otras académicas latinoamericanas— deciden impulsar esta iniciativa que se concreta en 1991. Paralelamente, se crea en Santiago el Programa de Estudios de Género de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Chile, impulsado por mujeres vinculadas a ONG de mujeres. A estos dos espacios académicos, les seguirían los de otras universidades.

#### c. Las especificidades regionales

La trayectoria del movimiento feminista en Valparaíso y Concepción es similar a la de Santiago en los primeros años de la década, tanto por la pluralidad de grupos y organizaciones que surgen, como por su objetivo explícito de articulación en torno a la identidad feminista.

En el caso de Valparaíso, desde los años ochenta había una actividad feminista importante y estrechamente relacionada con la acción política opositora. Ya en los noventa, surgen una serie de colectivos cuyo propósito principal, además de la autoconciencia y la reflexión, es la coordinación de las feministas de la región. Así se cuentan

Las precursoras de este programa eran integrantes del Centro de Estudios para el Desarrollo de la Mujer, que a principios de esta década comienzan a trabajar en la Universidad de Chile, donde constituyen el Programa de Estudios de Género.

el Colectivo Julieta Kirkwood (1990-91), constituido por mujeres profesionales que se plantean como objetivo reflexionar sobre el feminismo; las Jóvenes Socialistas (1990-92), conformado por mujeres jóvenes socialistas de distintas comunas y tendencias, quienes se plantean hacer conciencia de la doble o triple discriminación por género, edad y clase, además de la necesidad de optar por espacios de poder para modificar estructuras. También el colectivo Mala Fe (1991-93), compuesto por universitarias vinculadas a partidos políticos y que se define como un grupo de reflexión y acción política; y finalmente Una más Una (1991-94), que se plantea como un espacio de feministas jóvenes para la concientización respecto a la discriminación de género.

El proceso vivido por las feministas de Concepción presenta algunas particularidades, pues a diferencia de lo que sucede en Santiago y Valparaíso, no se evidencia una actividad feminista importante durante los ochenta. Sin embargo, en los comienzos de la década –al igual que en las otras ciudades– nacen varios grupos que se definen como feministas, cuyos objetivos principales son la reflexión y la construcción de movimiento, además de la creación y expresión cultural desde la perspectiva feminista.

En esta ciudad se conforma en este período Lesbianas en Acción -LEA (1991-96), constituido por mujeres estudiantes que tienen como objetivo analizar la problemática lésbica y hacer visible esta opción sexual desde una perspectiva feminista. Las Murciélagas Mutantes (1992-93), compuestas por mujeres profesionales y técnicas, que se proponen crear un espacio cultural de mujeres. El Grupo Literario Mujer (1992-94), constituido por mujeres escritoras que se proponen lanzar un libro feminista.

En cuanto al papel que jugaron las feministas de diferentes ciudades del país en los Encuentros y Foros, así como el efecto de su participación en términos de articulación regional, se aprecian diferencias importantes. En el caso del primer Encuentro Nacional Feminista, aunque la sede fue Valparaíso, el protagonismo de las feministas del lugar no fue significativo. De hecho, el Encuentro nace como una propuesta de la Iniciativa Feminista de Santiago, y si bien las feministas de Valparaíso pusieron a disposición la infraestructura de la Casa de la Mujer y participaron activamente en el evento, el centro de la organización fue siempre Santiago. Por ello, aunque el encuentro jugó un papel importante en términos motivacionales para las feministas en la región, no parece haber tenido una incidencia directa en la articulación regional feminista.

Por el contrario, un hito que sí resulta relevante para la articulación regional es el Pleno Feminista realizado en 1993, actividad que fue convocada por dos colectivos estrechamente vinculados a la Casa de la Mujer. Una de las entrevistadas de esta ciudad señala que el Pleno se denominó así "en el sentido en que se reúnen distintas miradas y se toman decisiones políticas" (como pleno de partido político) y que se proponía definir "estrategias y visiones políticas". La amplia participación que alcanzó entre las feministas de Valparaíso, permitió la creación posterior de la Coordinadora Feminista de la V Región. Esta organización se planteó convocar y coordinar las tareas surgidas en el Pleno, definir un conjunto de lineamientos políticos, un plan de acción regional y llevar a cabo acciones específicas como la celebración del 8 de marzo, acciones en contra de la violencia hacia la mujer, entre otras. La Coordinadora duró en funcionamiento aproximadamente un año.

En el caso de Concepción, la realización del segundo Encuentro Nacional Feminista sí tiene un impacto significativo en la articulación de las feministas de la ciudad. A diferencia del efecto del primer Encuentro entre las feministas de Valparaíso, la organización del segundo Encuentro fue asumida íntegramente por mujeres de Concepción, con escasa participación de feministas de Santiago. Esto les dio un protagonismo a las feministas de la región, que permitió cohesionarlas y probar su capacidad de convocatoria, consolidándose la comisión organizadora como Colectivo Feminista de Concepción.

El objetivo de este grupo, a juicio de las feministas entrevistadas, fue básicamente la reflexión feminista más que la acción política. Estos años muestran el mayor grado de articulación alcanzado por ellas, siendo nuevamente el Colectivo Feminista el que, en función de los acuerdos tomados en el encuentro, organiza el primer Foro Nacional Feminista a fines de 1993.

### 2.2. La agudización de las diferencias, 1994-1996

La presentación de una candidatura feminista impulsada por la Iniciativa, marcó un hito en el proceso de diferenciación, distanciamiento y quiebre entre las feministas; al catalizar los conflictos que se venían dando en torno a su relación con el Estado y los partidos políticos. Si bien un grupo importante de feministas que se identificaban con un discurso pro-autonomía apoyó inicialmente esta estrategia, <sup>23</sup> fue precisamente al calor de la discusión en torno a la candidatura cuando esta postura se perfila como una corriente propiamente tal. Podemos decir, que en esta etapa, el sentido de la noción de 'autonomía' seguía estando ligado a lo que fuera la antigua discusión feminista sobre los espacios desde donde actuar políticamente. Volcar fuerzas en la construcción de un movimiento social que desarrollara sus propuestas sin tomar en cuenta las instituciones y esferas políticas tradicionales (Estado y partidos), o junto a la construcción de un movimiento social, participar directamente en lo político para promover cambios desde dentro. Las feministas que comienzan a denominarse 'autónomas', criticaron posteriormente el proceso de la candidatura, señalando que en este se hizo evidente la incapacidad para enfrentar y resolver los conflictos y asumir las diferencias políticas (Cubillos 1994). Asimismo, este grupo comienza a modificar su interpretación del concepto de autonomía, para criticar cualquier intervención o participación de feministas en el sistema político formal, organismos internacionales e incluso en las ONG vinculadas a las anteriores esferas.

Recordemos que las tres precandidatas se identificaban a sí mismas como feministas autónomas.

Por otra parte, como ya se vislumbraba en la etapa anterior, el sector al que estaban dirigidas las críticas —aquellas feministas ('políticas' en su mayoría) que habían asumido cargos políticos en el nuevo gobierno, que pasaron a ser funcionarias estatales, o que se volcaron fuertemente hacia una estrategia de influencia en las agendas públicas— se mantuvieron significativamente ausentes de las esferas más 'movimientistas' y de trabajo en torno a la candidatura feminista. Así, el conflicto estratégico es, desde sus inicios, más un monólogo que un debate propiamente tal. Parte de las feministas convocadas por la Iniciativa pasarán a constituirse en la corriente autónoma, mientras que aquellas, la mayoría, que se encontraban en el medio de esta visión dicotómica entre autonomía e institucionalización, aunque compartían una práctica política movimientista no llegaron a constituir una corriente ni a articular una propuesta propia.

Estas divisiones se hacen evidentes en el primer Foro Feminista realizado en Concepción a fines de 1993.<sup>24</sup> En este evento, algunas feministas que se venían identificando como *autónomas* hacen explícita su diferenciación de las otras feministas de la Iniciativa, principalmente por la postura que ellas tenían frente al gobierno y la Concertación. En esta oportunidad, evidencian además su crítica al Sernam, al que conciben como una institución de gobierno que como tal está inserta en el modelo neoliberal. Al respecto señalan:

Creemos que un hecho importante fue la creación del SERNAM, como resultado del protagonismo de las mujeres en los últimos años y fundamentalmente de los aportes del feminismo a la visibilización de la condición de la mujer. Sin embargo, es innegable que hoy día esta institución responde a las políticas globales del gobierno, que están insertas en la consolidación del sistema neoli-

En el segundo Encuentro, se acordó realizar un Foro cuya agenda de discusión contuviera los siguientes puntos: coyuntura política, Encuentro Nacional Feminista y Encuentro Latinoamericano y del Caribe. El tema del Foro fue la evaluación de lo realizado durante 1993, bajo el título "Escenario electoral" 93: mujeres feministas, propuestas, avances y retrocesos de la articulación del Movimiento Feminista en Chile".

beral implementado por el Fondo Monetario Internacional y las políticas sociales hacia el Tercer Mundo que de esta concepción se derivan. (Gaviola y Lidid 1997, p. 2)

Como se puede observar, la crítica no se limita a cuestionar la posibilidad de transformar las relaciones desiguales de género desde el aparato estatal, sino que conlleva una fuerte crítica al modelo económico, imbricando así la postura 'autónoma' con el discurso de la izquierda opositora al gobierno de la Concertación y preservando una postura que había estado al centro del discurso/identidad feminista de los ochenta y que se mantenía con fuerza en distintas esferas feministas a nivel latinoamericano.

A fines de ese año tuvieron lugar también dos importantes hechos. Por un lado, el VI Encuentro Latinoamericano y del Caribe, realizado en El Salvador en noviembre de 1993, donde se determina que Chile será la sede del próximo Encuentro; y por otro, los preparativos para la realización de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer organizada por Naciones Unidas. Estos hitos marcarán el inicio de dos procesos paralelos de organización y activismo feminista; cada uno seguirá lógicas y estrategias distintas, será impulsado por mujeres que pertenecen a distintas esferas de organización y convocará a sectores de mujeres también distintos.

# a. Camino a Cartagena: la preparación del VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe

En el VI Encuentro Feminista Latinoamericano, un grupo de chilenas propone a Chile como sede del próximo Encuentro, con el objetivo de "avanzar y desarrollar un proceso que permita articular, desde la autonomía, al movimiento feminista chileno" (Compromiso Feminista de Costa del Sol 1993).<sup>25</sup>

De las 31 chilenas presentes, 26 adhieren a la propuesta, dos no estuvieron de acuerdo, una se abstuvo y dos no se pronunciaron. El documento está reproducido en las Memorias del VII Encuentro 1997, p. 14.

Para las feministas autónomas chilenas, este encuentro facilitó su articulación y reflexión conjunta respecto al movimiento en el país, señalándolo como un hito en el surgimiento y consolidación de esta corriente (Movimiento Feminista Autónomo 1994). Contribuyó también a la conformación de esta corriente, el proceso preparatorio de la conmemoración del 8 de marzo de 1994, en el que las feministas autónomas citan a una marcha distinta de la convocada por organizaciones que asumen la representación del conjunto del movimiento de mujeres, con la consigna "esta democracia es una desgracia". Para las autónomas, este llamado se hizo con "la voluntad política de recuperar un espacio para el feminismo autónomo", molestas por la manera en que se estaban organizando los Ocho de Marzo. Fueron fuertemente reprimidas por la policía, pero de acuerdo a nuestras entrevistadas, este hecho les dio fuerza y energías para organizarse en torno a una identidad contestataria propia: la autonomía (ibíd.).

Así, surge en 1994 el Movimiento Feminista Autónomo (MFA), compuesto por diversas feministas y grupos que adscriben a esta corriente (Feministas Populares, Eas, Mujer Pueblo, Feminarias, Cómplices). Como su nombre lo indica, ellas se plantean como objetivo el generar y fortalecer un movimiento feminista autónomo de las instituciones políticas tradicionales: en especial el Estado y los partidos. En esos años también se crea la Colectiva Agridulce (1995-97), definida como un grupo autónomo, constituido por seis mujeres profesionales cuyo objetivo es, además de la reflexión sobre el pensamiento feminista, contribuir a articular el feminismo como movimiento social.

A principios de 1994, se realiza el segundo Foro Feminista organizado por el Movimiento Feminista Autónomo, que tuvo como temas de discusión la autonomía del movimiento feminista y el VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe. Con dicho Foro se fortalece la articulación de esta corriente, cuyas integrantes hacen explícita su postura crítica a la preparación de la participación en Beijing, particularmente en relación con la manera en que se impulsa el proceso, su financiamiento, la representación de las organizaciones y del Grupo Iniciativa, entre otros cuestionamientos. Al mismo tiempo,

este sector es quien se encarga de la organización del VII Encuentro Feminista Latinoamericano, lo que también contribuye a su fortalecimiento.

Es así que en los acuerdos emanados del segundo Foro Feminista, se señala la necesidad de "debatir a nivel nacional la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer", buscando que el "movimiento feminista chileno se plantee respecto de la intervención de la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), de EE UU, en los movimientos de mujeres y en las ONG latinoamericanas, con la designación de las ONG que actúan como 'entidades focales sub regionales para evaluar la década de la Mujer en la región. Además, llaman a debatir el documento "Ciudadanía, cultura y desarrollo en el Chile de los '90 elaborado en el país por el Grupo Iniciativa" y proponen la "conformación de la Comisión Especial pre-convocatoria VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe" (Movimiento Feminista Autónomo, s/f).

La preparación del VII Encuentro comienza en 1994, con la realización de diversas jornadas de reflexión para formar la Comisión Organizadora y definir los lineamientos que este tendría. Entre otras cosas, se afirma que este encuentro se hará desde la autonomía, entendiendo por ello que "las instituciones (gubernamentales y no gubernamentales) no tendrían ninguna injerencia en las definiciones políticas del Encuentro, carácter o perfil de este, ni en los contenidos, ni en la metodología, ni en la administración financiera del evento mismo" (Comisión Organizadora VII Encuentro 1996). Se conviene además, que la participación en este evento será a título individual (no institucional), precisando que las ONG constituyen "organizaciones, por lo que no son comparables con las colectivas, grupos y feministas 'sueltas' que integran el feminismo autónomo. Por ello, las ONG participarían en calidad de patrocinantes, pero en un patrocinio sin representatividad, sin derecho a participar como instituciones en la toma de decisiones y en la gestión del movimiento feminista autónomo" (Pre Comisión Pre Encuentro, 1994).

En la práctica, a pesar de su lenguaje, estos acuerdos eran consistentes con el compromiso con la autonomía que orientara la organización de todos los Encuentros Latinoamericanos, pero encubrían además una crítica a quienes se desempeñaban laboralmente en ONG y/o en el Estado. Dicha crítica se personaliza en aquellas feministas que, siendo activas en los espacios de interacción política feminista e interesadas en participar de la organización del Encuentro, además se desempeñaban laboralmente en organismos no gubernamentales. Así, este grupo de mujeres comienza una retirada del comité organizador, quedando el VII Encuentro bajo la responsabilidad exclusiva de la 'corriente' autónoma. En una carta abierta al Comité Organizador, una de estas feministas, que se siente excluida por el proceso plantea:

Lo que me impide estar aquí es el rechazo que siento por las prácticas y procedimientos que han usado (y siguen usando) algunas feministas para descalificar a otras por no pensar y actuar —según ellas— como se debiera en tanto feministas. Pues bien, algunas de esas mujeres (las de la línea correcta y de los correctivos), están entre las organizadoras de este evento. (Eliana Largo, Carta enviada al Tercer Encuentro Nacional, 1995)

# b. Rumbo a Beijing: el proceso hacia la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer

Paralelamente comienza el proceso preparatorio de la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. A nivel latinoamericano se conforman grupos, principalmente de ONG, impulsores de este proceso en los distintos países (Vargas y Olea 1998).

En Chile, existían en este período una serie de ONG de mujeres y ONG mixtas con programas de mujeres. Se mantenían parte importante de las surgidas en la década anterior, apareciendo otras como Tierra Nuestra (1989), MEMCH (1990), CEDEM (1991), Conspirando (1991) y Colectivo Mujer, Salud y Medicina Social - COMUSANS (92-96). En la VIII Región, ciudad de Coronel, se crea Pachamama, ONG que si bien no se define como feminista juega

un rol importante de defensa de los derechos de las mujeres. Estaban presentes también las redes que emergieron en los ochenta y se crea además la Red Chilena contra la Violencia Doméstica y Sexual y se asienta en Chile la sede de la Red Latinoamericana por la No-Violencia contra las Mujeres, cuya secretaría ejecutiva es asumida por ISIS Internacional.

En ese contexto, se crea a mediados de 1993 el Grupo Iniciativa Chile con el objetivo de coordinar la participación de las organizaciones no gubernamentales chilenas en la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. La creación de esta instancia, resulta de una confluencia de procesos internos a la situación chilena y otros de carácter regional e internacional. Por un lado la Conferencia despierta un gran interés en diversos sectores (tanto feministas como de otras corrientes políticas) que buscaban incidir en el contenido de las agendas públicas sobre los derechos y condición de las mujeres. En el caso de Chile, en las instituciones que se organizan inicialmente en torno al Grupo Iniciativa, este interés coincide con una larga trayectoria de trabajo en investigación, capacitación, educación y promoción en temas de género. Ello explica y otorga legitimidad a la participación de estas organizaciones en el proceso preparatorio para Beijing.

Por otro, es importante resaltar que se venían desarrollando procesos iguales y organizando grupos similares tanto en América Latina como en gran parte del mundo. La IV Conferencia Mundial se convirtió en un hito de extrema relevancia para parte importante del movimiento internacional de mujeres y de las organizaciones feministas en particular, sobre todo de aquellas más vinculadas a las agencias internacionales de cooperación y al sistema de Naciones Unidas.

Las instituciones que inicialmente conformaron el Grupo Iniciativa son: CEM, Cedem, Ceneca, Fempress, Flacso, GIA, Instituto de la Mujer, ISIS Internacional y PIIE. Posteriormente se retiran Ceneca, GIA y PIIE; y se incorporan La Morada, MEMCH, Ideas, Domos y Prosam.

El rol de estas agencias en la activa promoción de la participación de ONG en el proceso no puede ser subestimado. La cantidad y variedad de recursos disponibles para organizarse en torno a la Conferencia llegaron a niveles sin precedentes en la región. La mayoría de las agencias internacionales que apoyaba el trabajo de organizaciones en Chile, jugó un rol fundamental en incentivar, orientar y financiar la participación de las ONG chilenas en Beijing. Así, cuando la Coordinadora Subregional de UNIFEM (al igual que en el resto de los países del Cono Sur) invita a algunas organizaciones a coordinarse en torno a los preparativos para la Conferencia, la respuesta de muchas ONG chilenas fue inmediata y positiva.

La propuesta de Unifem consistía en constituir articulaciones nacionales capaces de impulsar un proceso de participación y debate nacional previo a la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer. El objetivo básico del mismo era la preparación de las chilenas para este evento, lo que se lleva a cabo a través de encuentros regionales (en cada una de las trece regiones del país) de discusión y levantamiento de demandas y propuestas de las mujeres, para ser presentadas en la Conferencia Regional de Mar del Plata, a realizarse en septiembre de ese año. Tales demandas y propuestas se plasman en un documento presentado luego en un Encuentro Nacional realizado a mediados de 1994, inaugurado con la presencia de la Ministra del Sernam y de Virginia Vargas, reconocida activista feminista que ejercía el cargo de Coordinadora Regional de las ONG para América Latina y el Caribe (Guerrero y Guzmán 1998).

La manera y objetivos en torno a los cuales se crea el Grupo Iniciativa (a partir de la convocatoria de una agencia y evento de Naciones Unidas), y su misma composición (solo algunas de las ONG de mujeres y programas de mujeres de ONG existentes en el país), genera fuertes críticas, principalmente desde el sector autónomo. Estas

Su título fue "Mujeres: Ciudadanía, Cultura y Desarrollo en el Chile de los 90".

críticas se suman a las que algunas feministas venían haciendo ya a este proceso, desde el Encuentro de El Salvador, relativas al financiamiento, la representatividad del mismo y la incidencia de las agencias financistas en la agenda feminista. En ese Encuentro, se discutió acerca del proceso de la IV Conferencia sobre la Mujer y mientras la mayoría de las feministas asistentes estuvo de acuerdo en participar en ella, otras se mostraron partidarias de mantener independencia de las agencias internacionales y de los Estados, oponiéndose a participar, defendiendo la "autonomía" del movimiento. (Alvarez et al. 2003)

En Chile, este proceso genera una movilización de instancias de mujeres a lo largo del país, otorgando un pretexto a las organizaciones regionales para articularse a partir de la convocatoria de alguna ONG coordinada con el Grupo Iniciativa, a la vez que fortalece la acción conjunta de las ONG de mujeres en Santiago a través de este Grupo.

En el ámbito gubernamental, el Sernam elabora el documento que el Gobierno de Chile presentaría a la Conferencia, 28 documento que es fuertemente criticado por la derecha política y los sectores más conservadores de la sociedad, quienes durante estos años han actuado como vigilantes y sensores de la acción del Sernam. Las mujeres y feministas vinculadas al Grupo Iniciativa entregan su apoyo irrestricto a la institución y al documento que elabora, sin cuestionar su contenido, sino más bien como una estrategia de bloque unido frente a la derecha. Ejemplos de este apoyo son la convocatoria a mujeres para ir al parlamento a apoyar a la Ministra cuando se presenta el documento, y el envío de cartas a los senadores de la República que se habían propuesto vetar el documento nacional (Guerrero y Guzmán, op. cit.). De este modo, hubo escasa reflexión crítica sobre las carencias que el documento contenía respecto a la agenda feminista. El mismo Grupo Iniciativa reconoce, años más tarde, que en este tema las ONG tuvieron una "posición de apoyo moral dejando de

Este documento es elaborado con la estrecha colaboración de "consultoras" provenientes de las ONG vinculadas al proceso de Beijing.

lado un análisis de otros aspectos de la acción del Sernam" (Grupo Iniciativa 1996, p. 2).

A pesar del apoyo irrestricto al gobierno, el Grupo Iniciativa y las ONG tuvieron escasa presencia y visibilidad pública en la confrontación desatada en torno a Beijing. Ello puede explicarse por elementos externos, como la falta real de acceso a los medios de comunicación dada la concentración de la propiedad de estos, aunque también por la propia autocensura de las feministas. Según Olea, Grau y Pérez (2000), en ese contexto se produjo una suerte de "acomodación discursiva" entre cada vez más actores en el campo feminista. Para estas autoras, tal posición consiste en que en muchos discursos se acomoda el propio perfil discursivo a los requerimientos explícitos del interlocutor involucrado en el conflicto operando como una censura autoimpuesta. Lo anterior señala la dificultad para articular una línea argumentativa autónoma que explicite y sostenga los nudos discursivos más problemáticos: la sexualidad, la familia, el concepto de género.

Por su parte, las feministas autónomas critican la articulación que se da en el marco de este evento entre el Sernam y las ONG, señalando que esta respondía a una estrategia política errada, buscando cambios en el orden patriarcal a través de demandas hacia los gobiernos, sin cambiar el sistema cultural y económico imperante. Ellas manifiestan públicamente su repudio a la participación feminista en este evento, así como a la negociación con los gobiernos y las agencias de cooperación, ya que la autonomía —que no tendría este proceso— y la diversidad, deberían ser los ejes tanto del proceso de construcción de movimiento, como de la acción política feminista (Colectiva Feminista Agridulce 1994).

#### c. Los desencuentros del período

Las organizaciones involucradas en el proceso de Beijing no debaten estas criticas. Por el contrario, las ignoran, incentivando así la profundización de los conflictos. De este modo, ambos sectores permanecen como dos 'tendencias paralelas', en la que unas se articulan en torno a una lógica de *advocacy* respecto del Estado y organismos internacionales; mientras otras se distancian cada vez más de estos espacios, privilegiando una lógica 'movimientista aislada' con una fuerte crítica al quehacer de las primeras, al sistema político y al modelo económico imperante. Cada lógica transita y se desarrolla en espacios separados, prácticamente sin interacción.

En este contexto, la realización de la IV Conferencia marcará un punto de inflexión y un hito en la agudización de las diferencias, por cuanto dicho evento es interpretado por muchas como la expresión máxima de la lógica de *advocacy*. El mismo año se realiza el tercer Encuentro Nacional Feminista, donde se termina de quebrar la escasa interacción que aún existía entre los distintos sectores del campo feminista.

Este tercer Encuentro, también organizado por las feministas autónomas, se plantea como el espacio para discutir los temas que atraviesan al feminismo según la percepción de las organizadoras: autonomía, diversidad, ética feminista y los ejes temáticos que se tratarían en el VII Encuentro Latinoamericano. Ello da pie para la crítica abierta a las pocas feministas no adscritas a esta corriente que aún participaban en los encuentros y al proceso de Beijing que se encontraba en marcha.

Como respuesta al creciente protagonismo de las feministas autónomas y a la realización del VII Encuentro, a inicios de 1996 algunas

Sonia E. Alvarez (1998) ha desarrollado un análisis de este tipo para interpretar lo que ocurre en el feminismo latinoamericano en su conjunto.

Utilizamos el concepto de *advocacy* para referirnos a los intentos de influir sobre las decisiones de elites institucionales, en todos sus niveles de acción, en función de intereses colectivos o de grupos subrepresentados –incorporando en esta última categoría al público en general–. Así la actividad de incidencia o *advocacy* se diferencia de las acciones desplegadas en función del alcance de objetivos de interés privado o de beneficios para grupos específicos que no contribuyen al bienestar general (Jenkins 1987).

feministas independientes y otras vinculadas a ONG y el Sernam, deciden enviar una carta a las feministas latinoamericanas "amigas" señalando que habían sido excluidas de la organización de este y que el evento no daba las garantías necesarias para que fuera realizado en Chile, haciendo por tanto un llamado para que la sede del Encuentro fuera cambiada. En esta carta señalan:

La organización del Encuentro que ha sido 'tomada' por un grupo de mujeres autodenominadas Movimiento Feminista Autónomo, se ha dado en forma excluyente y dogmática... Dada la actual situación, expresamos que no existen las condiciones ni las garantías necesarias para realizar en Chile un Encuentro amplio y democrático. Las organizadoras han planteado un modelo de encuentro donde solo podrán participar las feministas que ellas definan como tales, de acuerdo con su unilateral concepción de lo que es ser feminista. Ante esta situación proponemos que algún país de la región se haga cargo, lo antes posible, de la convocatoria y realización del VII Encuentro". (Cotidiano Mujer, III Época, nº 22, mayo 1996, p. 3)

Si bien esta carta concita debate y empatía en otros países, no logra su objetivo de cambiar la sede del Encuentro debido a que las feministas latinoamericanas que la reciben consideran que este distanciamiento y quiebre entre tendencias es un problema del país que no puede afectar al feminismo latinoamericano. El envío de esta carta fue repudiado por las autónomas, atribuyendo a ella la falta de financiamiento para la realización del Encuentro. En términos generales, esta iniciativa deja al descubierto la incapacidad de diálogo interno y provoca un nuevo —y tal vez irreconciliable— quiebre y pérdida de confianza entre feministas que se definían como parte de cada sector.

Una vez fracasada esta estrategia, un pequeño grupo de las feministas que no participan de la organización del Encuentro y como

Esta carta fue firmada por más de cien mujeres, la mayoría trabajadoras de ONG.

reacción a la hegemonía de las 'autónomas' en estos espacios, realiza un último esfuerzo por participar o articularse antes de Cartagena, organizando un foro debate y luego un grupo denominado Tertulia Feminista. Esta instancia fue convocada a mediados de 1996, a través de una jornada en la que participaron unas cincuenta mujeres de diversas corrientes y ámbitos (principalmente independientes, funcionarias de ONG y del Estado) que no se sentían partícipes de la corriente autónoma (Mujer/Fempress nº 178, agosto 1996). En esta jornada se hace una reflexión respecto del estado del movimiento feminista en general y del proceso que se estaba viviendo en Chile a raíz del VII Encuentro. 32 Si bien la jornada es un éxito en términos de convocatoria y en su capacidad de gatillar un debate colectivo, constituye un evento aislado y sin proyección política. Después del Encuentro en Cartagena, la Tertulia decae drásticamente, permaneciendo como un grupo muy reducido que continúa reuniéndose por algunos meses.

Este intento fallido de articular alguna expresión colectiva (y estrategia política) distinta a las dos lógicas imperantes (*advocacy* o el *movimientismo aislado*) tiene un efecto desmotivador en muchas de las participantes, convirtiéndose quizás en el último esfuerzo de ese tipo durante aquel período de creciente polarización.

Es en este contexto que se realiza, a fines de 1996, el VII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, con la asistencia de cerca de 500 mujeres de toda la región y un número importante de chilenas, especialmente de Santiago, vinculadas a grupos de feministas

La jornada "Las tram(p)as del feminismo hoy" se llevó a cabo en La Morada, en julio de 1996. En ella se pidió a algunas feministas que prepararan presentaciones formales para orientar la discusión. Algunas de ellas fueron: Alejandra Valdés, "Articulaciones y desarticulaciones de las feministas hoy"; Francisca Pérez, "La vida cotidiana, el trabajo y la política", ambas publicadas en Debate Feminista. Además: Ximena Valdés, "Notas sobre avances y bloqueos en un espacio de negociación sociedad civil-Estado en los noventa"; Eliana Largo, "Feminismos: Articulaciones/desarticulaciones" e Isabel Cárcamo, "Estrategias políticas feministas. Los espacios de acción de las mujeres".

autónomos y populares, así como estudiantes y otras mujeres que no pertenecían a organizaciones. También asisten algunas feministas que habían sido excluidas o autoexcluidas de la organización del mismo. Sin embargo, es notoria la ausencia de las feministas que impulsaron el proceso de Beijing, que desde el inicio del conflicto deciden no enfrentar directamente las críticas y acciones emprendidas por el sector autónomo, restándole así legitimidad para impulsar procesos de debate y articulación.

Por otro lado, un sector importante, quizás mayoritario, de feministas se ubica en una posición intermedia. En Cartagena, algunas de ellas junto a un gran grupo de feministas latinoamericanas organiza una serie de talleres -paralelos a los oficialmente establecidos- que denominan 'ni las unas ni las otras'. Este sector critica la falta de independencia demostrada por amplios sectores feministas de cara a los procesos internacionales y gubernamentales en torno a la IV Conferencia Mundial, a la vez que reivindican la necesidad de generar un accionar movimientista de carácter político feminista. Al mismo tiempo, y pese a su crítica, siguen reconociendo como una necesidad de vital importancia política el lograr incidir en la construcción de agendas institucionales. Sin embargo, en el contexto chileno, esta tendencia no logra constituirse en un referente significativo para cambiar la dinámica de confrontación bipolar que venía caracterizando al campo feminista hasta entonces. Por el contrario, sus dinámicas de acción se caracterizan por la fragmentación e individualización.

Las opiniones respecto del VII Encuentro en Cartagena son muy disímiles entre las feministas chilenas. A juicio de una mayoría de feministas autónomas, este Encuentro es un éxito por cuanto se realiza desde una propuesta política autónoma (con escaso apoyo financiero de agencias, sin participación de las ONG), y porque en él se

Entre nuestras entrevistadas el 38% asistió al VII Encuentro en Cartagena.

Esto no significa que no hayan participado mujeres vinculadas a las ONG y al
Grupo Iniciativa en particular, sino que en términos generales su presencia
fue conspicuamente baja.

logra explicitar las diferencias políticas que marcaban los debates y estrategias feministas. Al respecto, Carena Pérez, integrante de la Comision Organizadora escribe en la editorial a la Memoria del Encuentro:

Estamos satisfechas de haber logrado desarrollar un Encuentro político, polémico y dinámico. Un Encuentro que no nos dejó indiferentes y que permitió después de mucho tiempo poner en la mesa las diferencias políticas entre las dos grandes corrientes y al interior de estas. Un Encuentro que nos muestra que es posible no subordinar el discurso y la práctica feminista, a los poco y nada éticos intereses de algunas financieras. (p. 20)

Otra de las exponentes de la corriente autónoma señala:

Yo creo que el único encuentro político fue el de Cartagena... Fue el único en que dijimos: no nos vamos a juntar por temas, vamos a juntarnos por lo que pensamos, si tú piensas que las políticas del feminismo tienen que ser en relación al Estado y el poder, ponte aquí, y si tú piensas que tiene que ser autónomo y tenemos que generar otra cuestión, ponte aquí.

A juicio de las feministas que asistieron, que no pertenecían al comité organizador ni se identificaban con la corriente autónoma, este Encuentro se dio en un ambiente agresivo, de crítica destructiva que impedía el diálogo y cualquier posibilidad de articulación política basada en la pluralidad de pensamiento, haciendo irreconciliables las diversas posturas presentes. Como parte de la historia del feminismo latinoamericano, el Encuentro en Cartagena será recordado por

Esta reivindicación del carácter político del Encuentro en Cartagena se mantiene en el tiempo. Así, en 1999, durante el VIII Encuentro Feminista en Juan Dolio (República Dominicana), una feminista chilena integrante del comité organizador del Encuentro en Cartagena, toma la palabra en una de las plenarias, planteando que se estaba desconociendo el legado del pasado Encuentro y enfatiza la necesidad de reivindicar su importancia para el feminismo latinoamericano.

muchas feministas como el "encuentro del desencuentro", como la imposibilidad de generar un debate político constructivo entre feministas (Alvarez et. al. 2003).

Este evento también provocó quiebres entre las propias organizadoras y en el seno de la corriente autónoma. En efecto, su organización motivó los primeros conflictos internos debido a la división de tareas de la organización. Según algunas de nuestras entrevistadas, esta división provocó tensiones en la medida en que se asumía una distribución del trabajo entre las "teóricas" y "políticas" y quienes realizaban el trabajo concreto o las "tareas domésticas". Esta situación produjo que las mujeres más críticas frente a estas prácticas fueron restándose poco a poco de la Comisión Organizadora y solo algunas se mantuvieron unidas en las tareas posteriores de sistematización y devolución de resultados (Comisión Memorias VII Encuentro 1997).

# d. Las feministas de otras ciudades como espectadoras del conflicto

El surgimiento y consolidación de la corriente autónoma y de los colectivos que la componen se da principalmente en Santiago, aun cuando parte del Colectivo Feminista de Concepción adhería a esta corriente. En las otras dos ciudades estudiadas, no existen evidencias de un conflicto similar al generado en Santiago entre dos estrategias políticas dicotómicas: *autonomía* o *institucionalización*. Estas divisiones —y el tipo de conflicto que generaron— estuvieron circunscritas a la capital y no tienen un efecto equivalente en las relaciones al interior de los campos feministas de acción de Valparaíso y Concepción.

Para las feministas de estas ciudades, la organización y realización del VII Encuentro no tiene un efecto significativo en sus dinámicas de acción, discursos o debates. Solo algunas mujeres de Valparaíso intentaron participar en la coordinación del mismo, distanciándose luego de las primeras reuniones debido a que se sintieron desca-

lificadas y deslegitimadas por su vinculación a las ONG de la región. Por otro lado, la participación de mujeres de otras ciudades en el evento mismo fue muy baja. De hecho, solo el 30 por ciento de las entrevistadas de Valparaíso y el 13 por ciento de las de Concepción asistieron a este evento (en comparación al 54 por ciento de Santiago).

La discusión entre autonomía e institucionalización es percibida como un debate que se traslada a las regiones a través de la realización de los Foros feministas llevados a cabo en el período. No es un debate entre ellas, ni que altere —de manera significativa— su actividad política.

En el segundo Encuentro se evidencia la crisis que se produce en Santiago y que era la crisis que lideraban ciertas mujeres... Entonces, de repente, la gente de regiones nos vimos partícipes de discusiones que no eran nuestras, que eran totalmente ajenas a nuestra realidad como región. (Taller de Discusión en Concepción)

Sin embargo, en el mediano plazo, pese a las diferencias en intensidad y sentido que tiene en las tres ciudades estudiadas, este quiebre no deja de tener repercusiones en el accionar feminista del país en su conjunto. En todas ellas se produce una creciente desarticulación entre las diversas corrientes y ámbitos de acción. Mientras en Santiago la desarticulación está signada por el conflicto y la división en polos opuestos, en las otras ciudades adquiere el cariz de quiebres más bien personales o políticos de otra índole.

La desarticulación está asociada primero, a problemas más bien internos al propio campo feminista, tales como la falta de reconocimiento de liderazgos, estilos de liderazgos, desgaste y agotamiento del trabajo colectivo, así como la falta de un proyecto común frente al nuevo escenario político. Y segundo, está asociada a las presiones y procesos que enfrentaba el campo feminista de cara a las transformaciones políticas y sociales por las que atravesaba el país. Entre los más relevantes cabe mencionar la falta de estímulo y recursos (materiales, discursivos) para la organización y movilización, que tradicionalmente

habían llegado desde Santiago. Vinculado a lo anterior, se encuentra la drástica reducción de recursos financieros de la cooperación internacional para la organización feminista. También debe considerarse la preeminencia de los partidos políticos en el ámbito público, en particular en lo que se refiere a la mediación de intereses entre el Estado y la sociedad, que tiende a relegar a las organizaciones de la sociedad civil a un segundo plano. Por último, la creciente institucionalización de los temas de género que afecta el quehacer feminista en todo el país. Este último factor incide en la medida en que las lógicas movimientistas de acción política se ven cada vez más excluidas de las esferas públicas de acción y destituidas de la legitimidad que habían tenido durante la lucha por reconquistar la democracia. De esta manera, la necesidad de influir en las agendas públicas incentiva la profesionalización y especialización de las organizaciones feministas, a la vez que los restantes procesos descritos disminuyen las oportunidades y recursos para el accionar político que no esté dirigido u organizado en torno al sistema político institucional.

Expresión de esta desarticulación de los campos feministas en los diversos contextos regionales, es que la mayor parte de las organizaciones surgidas a inicios de la década desaparece en este período, creándose solo dos nuevos colectivos, uno en cada ciudad. En Valparaíso surge Kaleidas (1994 hasta hoy), constituido por mujeres provenientes de dos de los grupos aparecidos a principios de los noventa (Mala Fe y Una más Una) y vinculadas a la ONG Casa de la Mujer. Su finalidad es reflexionar sobre el feminismo e impactar a la opinión pública de la V Región. A su vez, en Concepción un pequeño grupo de mujeres vinculadas a ONG forma la Coordinadora Lilith (1994-96) con el propósito de organizar foros de debate feminista en la comuna de Coronel.

#### 2.3. ¿El nuevo silencio feminista? 1997-2002

Después de siete años de gobierno democrático, habiendo fracasado los intentos por articular un proyecto político en torno a una identidad colectiva común y enfrentando la agudización de posiciones político estratégicas, se inicia un nuevo período para el feminismo chileno. Etapa que se extiende hasta el presente y que muchas de las actoras involucradas han interpretado, siguiendo el análisis que Julieta Kirkwood hiciera de otros momentos históricos, como un "nuevo silencio feminista".

En términos organizacionales, en la segunda mitad de la década surgen diversos colectivos que parecen concentrarse más en la reflexión interna que en un accionar estrictamente público. Parte de estos colectivos, reflejan las divisiones y rupturas ocurridas entre las feministas y la presencia que fue adquiriendo la corriente autónoma. En efecto, la mayoría de los colectivos que surgen hacia finales del período se definen como parte de la corriente autónoma. Sin embargo, más que una ampliación de sus bases o militancia, parece ser que son las diferencias y divisiones internas las que dan origen a un número importante de estos nuevos grupos.

En efecto, en 1998 el Movimiento Feminista Autónomo se divide dando lugar al Movimiento Mujeres Feministas Autónomas (MO-MUFA), que aún existe. Ese mismo año se crea el Colectivo Las Clorindas, grupo heterogéneo en términos etáreos, cuyos objetivos son crear una opinión pública feminista y ampliar el feminismo a otras mujeres. A diferencia de los otros grupos autónomos, Las Clorindas se plantean en una postura abierta al diálogo y a la interrelación con otras feministas y otros sectores de la sociedad civil.

En este período emergen también colectivos de mujeres jóvenes o, como ellas se definen, de la generación de los noventa (mujeres que llegan al feminismo en esa década). Estos colectivos son Bajo Sospecha, creado en 1996 en Santiago y Al Borde, formado en 1998, en Concepción (ambos se mantienen hasta hoy). Estos colectivos, al igual que muchos de los grupos de este tipo, cuestionan explícitamente la dicotomía entre autonomía e institucionalización, buscando espacios de debate, reflexión y encuentro entre las feministas y sosteniendo una visión crítica respecto de las formas tradicionales de hacer política feminista. Al mismo tiempo, cuestionan fuertemente

la concentración de recursos y poder en los espacios feministas, en manos de mujeres de ciertos sectores y generaciones, así como la falta de recambio generacional y la escasez de espacios para ampliar las bases sociales de las organizaciones feministas.

En este período reemerge el tema generacional y la necesidad del llamado 'recambio', que se había hecho presente en los primeros años de la década. Esta reemergencia se da tanto desde las demandas y propuestas de estos nuevos grupos en relación preferentemente a las llamadas feministas 'históricas', como a partir de las discusiones y debates en los distintos encuentros nacionales e internacionales.<sup>37</sup>

A finales de la década aparecen grupos de feministas populares como la Coordinadora Lilith que luego se denomina Colectivo Lilith (1996-1998), compuesto por mujeres pobladoras de la comuna de San Joaquín, en Santiago, que intentan hacer una reflexión en torno al género y articularse con otros grupos, con mucho menos éxito que los experimentados por feministas populares a comienzos de la década.

En el ámbito regional, el surgimiento de nuevas organizaciones es mucho menor y su objetivo es básicamente reflexionar en torno a la teoría feminista, con un menor énfasis en la articulación y encuentro con otras. En Valparaíso no aparecen organizaciones, en tanto que en Concepción surgen, además del ya mencionado Colectivo Al Borde, la Colectiva Estrella de Mar (1996 hasta ahora), compuesta por mujeres de diversas procedencias que se proponen organizar

Aquellas que fueron parte del resurgimiento del movimiento feminista y de mujeres en las décadas de los 70 y 80.

Este tema aparece, por ejemplo, en la jornada de conformación de la Tertulia Feminista, en el Encuentro Feminista Autónomo que se lleva a cabo en Sorata, Bolívia, donde se critica la participación de feministas más nuevas que no habían sido parte del Encuentro de Cartagena; y en el VIII Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, donde el Colectivo Bajo Sospecha organiza el taller "Feministas de Fin de Siglo", en el que participaron más de cincuenta feministas de la generación de los noventa de distintos países de Latinoamérica.

actividades públicas y eventos con contenido feminista; el Grupo de Mujeres de Izquierda (1996-98) cuyo objetivo era hacer una reflexión política y feminista; y Libertinas S.A. (1997-2000), colectivo compuesto por dos mujeres que se proponen hacer teoría feminista.

En lo que respecta a las acciones vinculadas a la IV Conferencia Mundial sobre la Mujer, en este período el Grupo Iniciativa asume un trabajo de devolución de los acuerdos de Beijing a las organizaciones de mujeres, que culmina con la realización de un Seminario en octubre de 1996. El Seminario se denominó "Beijing. Un año después" v se llevó a cabo en Santiago. Luego de ello, se produce un proceso interno de reflexión en este grupo respecto de su identidad y las estrategias políticas que había seguido hasta entonces. En esa reflexión se abordan temas tales como la representación del movimiento de mujeres y la concentración de los recursos dirigidos hacia ese sector. "Como conclusión de este debate interno, el Grupo Iniciativa se definió como grupo de presión política, buscando movilizar temas referidos a la desigualdad de género y provocar acuerdos y compromisos con actores sociales, políticos e institucionales a favor de las mujeres" (Grupo Iniciativa 1998, p. 3). Con esa orientación, su accionar se dirige principalmente hacia la opinión pública a través de encuestas, posicionamiento en los medios de comunicación y cabildeo hacia parlamentarios/as y autoridades públicas. De la misma forma, aunque con menor intensidad, hacia las mujeres a través de acciones de formación y traspaso de información. 38 Si bien hay un esfuerzo constante desde este grupo por acercarse a las organizaciones de mujeres, y en el último período por desarrollar un trabajo directo con ellas, su lógica de acción sigue privilegiando una estrategia dirigida al sistema político con vistas a incidir en las decisiones públicas.

Un ejemplo de las acciones de *lobby* llevadas a cabo, es la realización en 1997 del Foro Nacional para el Seguimiento de los Acuerdos de Beijing, que fue una instancia de interlocución con las autoridades de gobierno, parlamentarios/as y partidos políticos sobre implementación y avances de los acuerdos contraídos en Beijing. En el año 2000, el Grupo Iniciativa impulsó una estrategia clara en este sentido, a través de la realización de talleres para la acción ciudadana con mujeres de diversos sectores.

Uno de los rasgos que caracteriza esta etapa es la escasa vinculación y conocimiento que existe entre los distintos grupos y esferas de acción respecto de la existencia y acciones promovidas por otros actores del campo feminista. Coexisten así distintas iniciativas a nivel micro, como la formación de colectivos o grupos de reflexión, que funcionan principalmente como espacios de referencia o identidad. También el trabajo de cabildeo, orientado hacia el sistema político institucional, y la realización de jornadas, seminarios, y actos públicos de diversa índole, organizados por las diferentes corrientes y sectores del movimiento. Algunos de estos grupos realizan esfuerzos interesantes por generar espacios de debate y accionar político feminista, pero estos son más bien esporádicos y con una convocatoria restringida a los ámbitos de acción donde cada grupo se desenvuelve, sin lograr incidir o interactuar con otras esferas y actores.

## a. Los contactos transnacionales

En el ámbito latinoamericano, un evento significativo para las feministas autónomas fue la realización del Encuentro Feminista Autónomo en Sorata, Bolivia, en 1998, acordado en el marco del VII Encuentro Feminista Latinoamericano. El Encuentro de Sorata tuvo varios efectos para las feministas autónomas chilenas. Por un lado, incentivó el acceso de mujeres de nuevas generaciones al campo feminista, pero al mismo tiempo generó fuertes conflictos ideológicos y de liderazgo que alejaron a algunas y terminaron dividiendo a otras.

En cuanto a los Encuentros feministas latinoamericanos, ellos siguen cumpliendo un papel importante en América Latina como espacios simbólicos de reafirmación de identidad y como procesos de encuentro entre feministas y mujeres de una diversidad de esferas políticas y sociales, generacionales, estratos sociales, etnias, etcétera.

Una muestra de ello fue la conformación del Colectivo Las Clorindas.

En el VIII Encuentro Feminista de América Latina y el Caribe, realizado en noviembre de 1999 en República Dominicana, participaron cerca de cincuenta feministas chilenas. A diferencia de lo que ocurrió con otras delegaciones, las participantes chilenas asistieron al Encuentro sin una previa coordinación entre ellas, no se comunicaron antes ni durante el evento y solo realizaron un par de reuniones con escasa participación, una vez de regreso en Chile. En este sentido, resulta interesante que estos eventos, a diferencia de lo que ocurrió en otros momentos u ocurre en otros países, no han servido para gatillar procesos políticos de movilización y organización al interior del campo feminista.

Una excepción lo constituye el Colectivo Bajo Sospecha, que en un intento articulador, en el VIII Encuentro Latinoamericano realiza un taller con mujeres jóvenes asistentes al evento. De este taller emana la Declaración de Juan Dolio, en la que plantean: "en este camino (el del movimiento) hay elementos que queremos recoger y otros que esperamos no reproducir, como las contradicciones que han debilitado a este movimiento, por ejemplo, los conflictos surgidos a raíz de la relación con el Estado y otros actores políticos". Posterior al Encuentro, este colectivo realiza una jornada en Santiago, con mujeres jóvenes de distintas ciudades denominado 'Mujeres Jóvenes construyendo Feminismos' en la que se compartieron los resultados del VIII Encuentro y se discutió respecto de la relevancia del feminismo para nuevas generaciones de mujeres.

En el IX Encuentro Latinoamericano realizado en Costa Rica en diciembre del 2002, se reproducen procesos similares a los vividos en República Dominicana. Las chilenas que asisten a este primer Encuentro del siglo XXI, nuevamente lo hacen siguiendo diversas rutas que no parecen conectarse entre sí; sin coordinación previa y con la ausencia total de interacción entre las asistentes durante o después del evento. En esta ocasión el número de asistentes

En él participaron más de cincuenta mujeres de distintas ciudades del país.

se reduce aún más, <sup>41</sup> como consecuencia del alto costo que implicaba la participación, y la creciente desarticulación de las esferas más movimientistas que habían promovido tradicionalmente la participación en esos Encuentros.

Por último, es importante resaltar que distanciándose de la forma en que se habían organizado históricamente los Encuentros latinoamericanos, en esta ocasión se privilegió la presentación de ponencias formales por parte de feministas con reconocidos liderazgos políticos e intelectuales a nivel regional. En este marco, las únicas chilenas invitadas a presentar ponencias en las sesiones plenarias fueron Margarita Pisano y Edda Gaviola, ambas connotadas exponentes de la corriente autónoma. Este hecho, junto a la ya consabida ausencia de feministas vinculadas a otras corrientes y espacios, tiende a resaltar lo que hemos venido sosteniendo respecto del distanciamiento de esferas de acción, a la vez que constata la legitimidad individual que mujeres como Pisano y Gaviola han adquirido en el feminismo latinoamericano.

Creemos que importa también resaltar que si bien la participación en los Encuentros latinoamericanos estuvo siempre vinculada a un compromiso individual y por tanto no requería de la representación colectiva, con los años esta tendencia se ha venido acentuando en el caso chileno, provocando una pérdida de incidencia política en el feminismo a escala nacional. Si en épocas pasadas se formaron redes y organizaciones regionales, se idearon y coordinaron campañas y se debatieron temas que de alguna manera sentaron las bases de

De acuerdo a las cifras oficiales proporcionadas por las organizadoras del Encuentro, el número de participantes chilenas fue de 26. Sin embargo, en la medida en que algunas de esas participantes residen fuera del país, el número real es aún menor (www.9feminista.org).

De acuerdo a los datos emanados de nuestra investigación, esta legitimidad se reproduce también al interior país. Cuando les preguntamos a nuestras entrevistadas quién cree Ud. que ha tenido / demostrado liderazgo individual en el campo feminista en la década de los noventa, el nombre que aparece con más frecuencia es el de Margarita Pisano.

procesos que se desarrollarían posteriormente en el país, hoy la asistencia a los encuentros tiene un carácter mucho más restringido, incidiendo en las trayectorias individuales de vida de quienes participan, pero afectando escasamente las tendencias que orientan la política feminista en términos más generales.

## b. La interpretación del momento

Como lo señaláramos con anterioridad, el discurso predominante entre las feministas interpreta el período postdictadura como un momento histórico similar al que Julieta Kirkwood caracterizara como el 'silencio feminista'; período que correspondería al momento en que las mujeres dejan el ámbito público y se repliegan a esferas 'privadas', luego de haber conquistado sus derechos civiles (Kirkwood 1986).

Ese primer silencio habría estado caracterizado por la atomización del movimiento, la disolución de organizaciones feministas, el abandono del concepto de feminismo y la declinación de la participación pública femenina (ibíd.). Sin embargo, pese a que en el momento actual es posible apreciar una cierta atomización del movimiento, este no presentaría las otras características identificadas por Kirkwood.

Aun cuando desaparecen algunas organizaciones feministas, otras se mantienen y constantemente se crean y recrean nuevos grupos y organizaciones. Por ello, no es posible sostener que estos grupos han disminuido en términos absolutos. El concepto de feminismo, aunque ha sido paulatinamente remplazado en el ámbito público, no se puede sostener que haya desaparecido del todo; se mantiene y se resignifica en distintos espacios y de distintas maneras, a la vez que

Ver en particular el próximo capítulo donde se presenta y analiza información empírica al respecto.

Al parecer esta tendencia no es necesariamente compartida en otros países de la región, donde la participación en los Encuentros sigue siendo alta, así como el impacto de ellos en los respectivos movimientos nacionales.

entra a nuevos ámbitos como la instancia académica. Respecto a la participación pública femenina, a pesar de que sigue siendo deficitaria tanto en comparación a los hombres como respecto a otros países, no disminuye, sino que aumenta en diversos ámbitos institucionales y públicos: municipios, instituciones estatales a nivel central, poder judicial, etcétera.

Tenemos entonces, que si aplicamos los criterios de Kirkwood en estricta forma, la idea de silencio feminista no parece dar cuenta de la complejidad de los procesos experimentados por el campo feminista en el período postransición. Entonces, ¿por qué sigue siendo este el recurso interpretativo más utilizado por las propias actoras para describir el momento histórico en el que viven? A nuestro entender, la metáfora del silencio feminista tiene un fuerte sentido simbólico, que va más allá de la 'realidad empírica' (como quiera que esta sea medida o interpretada), pues se trata de argumentos que tienen resonancia y legitimidad en un contexto de creciente incertidumbre y que permiten por tanto entender lo que de otra manera parece 'inexplicable': la aparente ausencia de un actor político feminista una vez recuperado el tan añorado sistema democrático.

## 3. Conclusiones

Como hemos visto a lo largo de este capítulo, la década de los noventa se inicia en una coyuntura que muchos consideran como fundacional para la sociedad chilena, en cuanto acompaña un proceso de profundas transformaciones políticas, sociales y económicas. El feminismo en tanto pensamiento y accionar político que había emergido durante la década anterior, al calor de la lucha en contra del autoritarismo militar, con una marcada identidad opositora y en estrecha relación con un proyecto político de izquierda, enfrenta el nuevo escenario democrático buscando redefinir su identidad. Las feministas chilenas que habían protagonizado las luchas por reconquistar la

Retomaremos esta discusión en el último capítulo.

democracia inician el período democrático llenas de esperanzas y expectativas respecto de lo que este nuevo régimen implicaría para la situación de las mujeres en la sociedad chilena.

Junto a estas transformaciones globales, el feminismo también experimenta cambios radicales en las últimas décadas: se modifican sus principales estructuras organizativas, sus estrategias políticas, las esferas donde se desarrolla su accionar, sus interrelaciones con otros ámbitos de la sociedad, así como su propia composición interna. Empero, estos cambios no han sido lineales ni reflejan en forma mecánica las transformaciones en el entorno político. Deben ser entendidos más bien como producto de procesos de interacción entre las propias actoras y su entorno, resultados del debate, contestación y crecimiento producidos al calor de un quehacer político concreto, históricamente situado.

Considerando estos cambios, hemos planteado que es importante dividir la evolución del quehacer feminista en la etapa postransición en tres grandes momentos que permiten identificar procesos, actores y cambios en las lógicas más importantes de acción. Tal como se ha planteado, la década comienza con un fuerte impulso para la creación de una esfera política de acción propiamente feminista, seguida por un momento de creciente polarización ideológica y organizativa, para terminar con un marcado decaimiento de la movilización y articulación intra-movimiento.

Lo que se percibe en este último período es la cristalización de procesos paralelos en la conformación de un campo feminista. Por un lado, se observa la disminución en el número de organizaciones y en las intervenciones en el ámbito público desde una identidad feminista, así como la desarticulación entre las diversas esferas que conforman este campo de acción, y por otro, la diversificación y dispersión de discursos y demandas otrora levantados exclusivamente por las 'militantes' feministas, a esferas y entre actores de diversa índole a través de la sociedad chilena.

Uno de los factores que está en la base de la trayectoria seguida por el campo feminista en la década es el conflicto que se genera a partir de la relación con la institucionalidad que desemboca en la definición de dos estrategias predominantes entendidas como polos opuestos de acción por importantes sectores feministas: movimientismo aislado versus advocacy. La primera se refiere a la creación de espacios de acción política al interior de un ámbito entendido como 'el movimiento', compuesto por organizaciones y personas con identidades que se definen explícitamente como tales. Esta estrategia busca promover el fortalecimiento de esferas y formas de acción política de carácter intra-movimientistas, orientadas a generar una cultura y una política feminista desde la sociedad civil; busca también estimular la autoconciencia y el desarrollo personal y colectivo en torno a un proyecto de transformación de las relaciones de género. Esta estrategia concentra su trabajo exclusivamente en mujeres, tanto aquellas que se reconocen como feministas, como otras que participan en organizaciones 'de base'. La segunda estrategia, si bien no desconoce la necesidad de generar este tipo de espacios, enfatiza la importancia de producir transformaciones macrosociales y políticas para modificar el orden de género, y propone como vía privilegiada para ello incidir en las agendas institucionales a nivel nacional e internacional (Estados nacionales, organismos intergubernamentales, entre otros) mediante la ratificación de acuerdos, tratados, leyes y programas. Si bien estas dos estrategias/lógicas de acción aparecen contrapuestas en el discurso y los debates feministas de la época, en la práctica ellas forman parte de un repertorio de acción política común y bastante generalizado entre las feministas chilenas.

Estas estrategias, no son equivalentes ni reducibles a corrientes de pensamiento (o ciertas estructuras orgánicas) y tampoco homogéneas ni dicotómicas entre sí, como a menudo aparecen representadas en el discurso de ciertos sectores feministas. Cabe resaltar en especial que la lógica de acción movimientista trasciende el accionar y discurso de los sectores ligados a la corriente de 'feminismo autónomo'. Se constituyen así en el eje fundamental que orienta el quehacer de la

gran mayoría de colectivos y organizaciones creadas durante el período postransición. Aunque estos grupos no rechazan una estrategia orientada a incidir en agendas públicas (*advocacy*), muchas de sus integrantes participan de ella en forma individual a través de su inserción laboral. Su propuesta política está dirigida a fortalecer el feminismo en tanto movimiento social y la relación con sus bases: las mujeres, sujetos centrales del proyecto feminista.

Por otra parte, la práctica política de la mayoría de feministas involucradas en la estrategia de advocacy no está acompañada de un discurso ideológico que defienda esta estrategia como la única o más importante forma de hacer política feminista. No existe homogeneidad ni suficientes coincidencias ideológicas que permitan sostener que este sector se ha transformado en una corriente de opinión política equivalente a la corriente autónoma. En esta última, a pesar de su reducida convocatoria más allá de ciertos sectores feministas, existe una producción intelectual y discursiva orientada a generar un discurso común, un accionar político explícito en torno a una identidad construida sobre la base de esa producción político-teórica, organizaciones que adhieren a esa corriente y personas que se identifican y posicionan políticamente en función de ella. Nada de eso existe en torno a una supuesta corriente 'institucional'. Hablar entonces de dos corrientes de opinión opuestas entre las feministas tiende a caricaturizar y simplificar la compleja relación entre ideología, estrategias políticas e identidad que se entrelazan en toda práctica política feminista.

Como hemos mostrado a lo largo de este capítulo, un grupo importante, quizá mayoritario, de feministas adhiere y utiliza elementos de ambas estrategias de acción (*movimientismo* y *advocacy*). Es el caso de los grupos que se incorporan al campo feminista en los noventa desde una identidad generacional, los grupos de feministas populares, de ecofeminismo, los colectivos lésbicos, los que no adhieren a ninguna corriente o identidad específica, y una mayoría de feministas independientes (o 'sueltas' como algunas se autodefinen)

insertas en distintos espacios laborales, culturales y sociales desde los cuales intentan incidir en el cambio en las relaciones entre hombres y mujeres.

Por otra parte, la forma en que se ha interpretado el conflicto ideológico antes descrito, no asume las importantes diferencias que existen en las trayectorias del feminismo en cada una de las ciudades estudiadas en esta investigación. Si bien el choque entre dos tendencias hegemónicas ha monopolizado gran parte de los debates y energías de las feministas, este conflicto ha estado focalizado fundamentalmente en Santiago, y no ha tenido un impacto similar en las ciudades de Valparaíso y Concepción, donde los procesos de desarticulación y decaimiento a finales de la década se explican más por un agotamiento interno y por la incapacidad de enfrentar un contexto político crecientemente adverso para la organización desde la sociedad civil.

Junto a lo anterior, una constante en la década ha sido el carácter centralista del accionar feminista, es decir, el papel protagónico que ha tenido Santiago en relación con propuestas de articulación, generación de espacios de encuentro y debate, así como la definición de los temas de debate. En efecto, muchos de los temas discutidos en Foros y Encuentros feministas, y especialmente el conflicto respecto a la autonomía del movimiento, han sido instalados por feministas de Santiago. Las feministas de las otras ciudades han tenido mayores dificultades en estructurar los contenidos y parámetros del debate. A pesar de reconocer el intento de reducir el centralismo, este no ha pasado de ser un traslado espacial del debate y no una instancia real de generación de dinámicas movilizadoras desde regiones.

Vemos que los Encuentros feministas, tanto nacionales como latinoamericanos, han jugado un papel importante en la estructuración del campo de acción feminista en el período. Tal como lo señalan Alvarez et al. (2003), estos han constituido espacios de solidaridad y expansión, pero también de conflicto y exclusión. A comienzos

de la década los encuentros latinoamericanos ofrecieron a las feministas chilenas una oportunidad y pretexto para la articulación a escala nacional, como sucedió con el Encuentro de San Bernardo, desde donde surge la iniciativa de realizar un encuentro nacional y el incentivo para la creación del primer programa de estudios de género en el país en la Universidad de Concepción. Pero ellos también han marcado la agenda de los conflictos: en El Salvador, con el fortalecimiento de la corriente autónoma y la crítica al proceso de Beijing y en Cartagena, con la confrontación entre dos visiones opuestas de estrategia política feminista. Sin embargo, a medida que las organizaciones de carácter más movimientista se han ido debilitando y se cristalizan esferas paralelas de accionar político, la participación en los Encuentros latinoamericanos se torna cada vez más un acto de compromiso individual con escasa repercusión en el campo feminista a nivel nacional.

En los Encuentros nacionales, en tanto, se fue expresando la diversidad, el disenso, el conflicto y finalmente la exclusión entre las feministas, constituyéndose finalmente en espacios copados por un sector, sin posibilidad de diálogo e interacción con otras, ni mucho menos de articulación y de reconstitución de confianzas como fue en un principio, para terminar desapareciendo del repertorio organizativo feminista a finales de la década.

Así, el campo de acción en el que actúan y transitan las feministas y sus organizaciones se expande, complejiza y trasciende los límites de lo que antaño fuera considerado un movimiento social tradicional. Durante el período estudiado se desenvuelven procesos a menudo contradictorios que dificultan definir claramente los límites y contenidos de este campo de acción. A pesar de ello, eso es justamente lo que hemos intentado hacer en los capítulos que siguen: establecer, ¿quiénes son las feministas en los noventa? ¿Qué forma y contenido tienen los espacios colectivos que ellas han creado? ¿Cómo evalúan el estado actual del 'movimiento'? Nos interesa además, explicitar los efectos de las transformaciones políticas que ha experimentado el país en su propio accionar.

Este libro, titulado con gran acierto, rompe definitivamente el silencio que ha rodeado la teoría y práctica del feminismo chileno desde el retorno de un gobierno civil. Basándose en entrevistas en profundidad con decenas de activistas en tres de las principales ciudades del país, en perfiles organizativos detallados de un amplio espectro de grupos feministas, en extensa evidencia documental y en una revisión meticulosa de las fuentes secundarias relevantes, ¿Un nuevo silencio feminista? nos ofrece innovaciones conceptuales convincentes, datos empíricos recientes y un análisis político provocativo, estableciendo nuevos parámetros para futuros estudios sobre el movimiento feminista y otros movimientos sociales en el Chile de la postransición.





